



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 21.—Madrid 25 de Julio de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica universal*, por D. M. Riera. — *Los grabados*. — *Noticias sobre las Misiones de la Alta California* (conclusión). — *La campana del Rosario*, por Fernán Caballero. — *El cólera*. — *El ahijado del ministro* (conclusión). — *Sentimientos de un alma cristiana*, por doña Filomena A. de Robuster. — *El pintor Zanobi* (conclusión), por C. B. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel. — *Conocimientos útiles*.
GRABADOS. — *Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Ochoa y Arenas*, obispo de Sigüenza. — *Vista de Jerusalén por la puerta de los Peregrinos*. — *Galería llamada de Víctor Manuel en Milán*.

REVISTA

ESTE año, según apuntamos en la revista anterior, el Madrid de verano difiere muy poco del Madrid de invierno. Nótese en calles y paseos la misma concurrencia, el mismo movimiento de carruajes, las mismas caras; diríase que estamos pasando un invierno caluroso. Y es que el cólera, ó más bien el temor al cólera, contiene el vuelo de nuestra alta sociedad, encerrada en su dorada jaula de invierno en expectación de embarque. Y el cólera, á juzgar por lo que sabemos, si es que sabemos algo cierto, se mantiene invariable en sus primeros reducidos, sin que el espionaje de sabios médicos logre sorprender su futuro plan de campaña.

Estamos hoy como hace un mes: sin saber á qué atenernos. Es probable que no se desarrolle; pero la misma probabilidad hay de lo contrario, pues en la última invasión de 1865 se declaró en Madrid á principios de Octubre. Si se tratara de otra epidemia conocida, ó mejor dicho, menos ignorada, sería posible formar cálculos relativos á su marcha; pero la naturaleza del cólera nos es de tal punto desconocida que no sabemos las causas directas que influyen en su incremento ni en su desaparición.

Mal que pese á la soberbia de nuestro siglo, nuestros temores y nuestras esperanzas tienen que referirse á otro orden superior al natural; el temor ha de fundarse en la justicia de Dios, y la esperanza en su misericordia. Merecemos el azote, pero podemos confiar en el perdón; la muerte es nuestra sentencia, y la salvación el indulto. ¿Qué hacemos para merecerlo?

En algunas diócesis se han comenzado á celebrar rogativas para que Dios nos libre del azote de su justicia. Hé aquí el único remedio eficaz que conocemos contra una enfermedad misteriosa que resiste al microscopio de la ciencia. En lo humano no hay remedio seguro; ¿no ha de haberlo en lo divino?

La ciencia duda y se sonríe ante los remedios propuestos contra el cólera; pero la religión cree y se postra ante la voluntad de Dios, que tiene en su mano el cetro del mundo y el secreto de todas las cosas. Si no hay en las boticas medicamentos contra el mal, busquemos en los templos la medicina de la oración, que todo lo puede, y el agua de salud, que todo lo limpia y regenera.

¿Se sonríe la impiedad? Pues que nos dé ella otro remedio contra estas calamidades sociales, que vienen por caminos misteriosos, se alimentan de causas desconocidas, producen inmensos estragos y desaparecen sin saber cómo ni cuándo. ¿Ha de estar el hombre condenado á la desesperación? La ciencia no le ofrece esperanza: échese en brazos de la del cielo, que está sellada con la cruz.

Las rogativas de la Iglesia, aun en lo humano, son medio poderoso de fortalecer los ánimos, aterrados ante las grandes calamidades, infundiendo en los pueblos la confianza y el valor que se necesitan para hacer frente á todos los males. Si nuestros ruegos

desarman el brazo de Dios, benditas sean las rogativas; si no logran apartar el azote, que nos encuentre apercibidos para sufrirlo con caridad y con resignación. De todos modos, serán útiles y saludables las rogativas.

Por hoy, y atendidas las oscuridades de la ciencia, es el mejor desinfectante que se conoce y el más riguroso cordón sanitario. Acojámonos, pues, sea cualquiera el peligro, al lazareto de la religión.

Ya se pasó el disgusto que causó en Madrid el incendio de la Real Armería. Afortunadamente el daño no ha sido tan grande como se creyó en un principio; pero ha sido lo bastante para que tengamos que lamentarlo siempre, pues se han perdido objetos que no tienen posible reparación. Es doloroso ¿no ha de serlo? que se haya perdido todo el trabajo de restauración y limpieza que se había hecho en estos últimos años, y que ascendía á más de un millón de reales; pero las pérdidas que se reparan con dinero son pérdidas con esperanza. En cambio, la destrucción de preciosos monumentos históricos, ¿qué esperanza deja?

Sabemos que se ha quemado, por ejemplo, gran parte del manto de San Fernando. ¿Qué dinero puede restituirnos esta valiosa joya, que es, al mismo tiempo que monumento histórico, reliquia digna de venerarse? También se han perdido algunas banderas de las que presenciaron las mayores glorias de España.

Estas pérdidas no tienen reparación, y entristece el ánimo pensar que van desapareciendo, no sólo las grandezas de España, sino los monumentos y reliquias que conservaban su memoria, como si un funesto destino fuese borrando el cuadro de la España antigua para reemplazarlo con manchas y borrones de la Revolución moderna.

Es preciso que los Museos, á que se muestra tan aficionado nuestro siglo, tengan siquiera las condiciones necesarias para estar á salvo de estos riesgos, hoy más fáciles y frecuentes que nunca por la difusión de los caloríferos, fósforos y luces de variedad de sistemas, todos más inflamables que el aceite. Lo que ahora ha sucedido con la Armería podrá suceder mañana con el Museo del Prado. ¿Y no aterra la sola idea de que en una noche de incendio se perdiese tan rico tesoro de joyas artísticas?

Nosotros somos poco partidarios de los Museos; y decimos poco, porque no podemos negar algunas de sus ventajas; pero entre estas ventajas y los inconvenientes, creemos que pesan éstos más que aquéllos, pues los Museos han venido cuando se ha ido la inspiración de las artes, es decir, en épocas de decadencia, cuando la crítica reem-



EXCMO. É ILMO. SR. D. ANTONIO OCHOA Y ARENAS,

Obispo de Sigüenza.

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA UNIVERSAL

plaza á la espontaneidad fecunda del talento artístico. Pintar ó esculpir para un Museo es cosa que no se explica fácilmente, porque el arte ha de ajustar sus obras á los lugares á que se destinan, y un Museo no es un lugar en que palpite ninguno de esos grandes ideales que surten de inspiración á las artes. En cambio hay el peligro de que desaparezcan en pocas horas y de un golpe muchas obras que deberían ser eternas, pues ora el fuego, ora la Revolución tienen donde cebarse, lo que no sería tan fácil si las obras estuviesen diseminadas en los lugares á que corresponde su inspiración y su carácter.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, lo que deseamos es que se cuiden los Museos y se les provea de cuantos medios de seguridad existan para que no tengamos que lamentar catástrofes como la de la Armería, cuyas causas todavía no han podido averiguarse.

¿O será que el progreso moderno es más fecundo en inventar medios de destrucción que de defensa? ¿Ha de haber medios habilísimos de destruir, y no ha de haber baluartes contra las baterías del progreso moderno?

**

Las Cortes han suspendido sus tareas. En los dos meses que han estado abiertas, ¿qué reformas importantes han traído al país, y por las cuales debemos regocijarnos?

Un mes largo discutiendo las actas de los diputados y el resto discutiendo los actos de los ministros, han dado por resultado... un hermoso tiempo perdido.

Compadecemos la situación de un Gobierno serio que tenga que abandonar sus tareas administrativas para dedicarse á estériles debates de sofistas. Y sin embargo, no hay remedio: así están constituidos los pueblos modernos, ó más bien así están condenados á ser ingobernables. En los dos meses de legislatura, ¿qué se ha legislado? Nada. Se ha hablado mucho, se ha discutido el cielo y la tierra, y todo ¿para qué? Para desahogo de los políticos, para alimento de la prensa y para agravar con tanto tiempo perdido los males del país.

Veremos si la segunda parte de la legislatura es más fecunda que la primera. Cervantes dijo que nunca segundas partes fueron buenas. Si hubiera aplicado la sentencia á la vida política de nuestros tiempos, es posible que hubiese añadido: «Ni las primeras.»

**

Acaba de morir en Barcelona un literato insigne, tan sabio como bueno, y tan poco conocido en España como célebre en el extranjero: D. Manuel Milá y Fontanals.

«Las letras españolas, dice un excelente amigo suyo, han sufrido una inmensa pérdida con su muerte, porque el Sr. Milá y Fontanals era uno de los hombres que con más ciencia, mayor erudición y más levantado espíritu crítico se había dedicado á su cultivo en distintos géneros.

«Querido y venerado en España por su saber, lo era quizá más aún en el extranjero, y especialmente en Alemania, en donde los historiadores y literatos más insignes estudiaban sus obras y se honraban en consultarle, sosteniendo con él frecuente correspondencia.»

Y después añade el mismo escritor:

«Persona de corazón bondadosísimo, se ganaba en seguida las simpatías y el respeto de cuantos le trataban, que veían retratada en sus hechos y en sus palabras la belleza de su alma. Ferviente católico, hallábase ya de mucho tiempo preparado para dejar esta vida, mostrando en todos los instantes, desde que hace algunos meses se acentuaron los padecimientos de la afección en el corazón, que le ha llevado al sepulcro, una tranquilidad admirable y hasta la alegría que sólo dan la resignación cristiana y las profundas creencias religiosas.»

Mientras nos hacemos con su retrato y con su biografía, pediremos á Dios por su eterno descanso, que lo primero son las oraciones por los difuntos; después pueden venir las alabanzas humanas.

**

Estamos para acabar el mes de Julio, y hasta ahora no podemos tener grandes quejas del sol: llevamos un verano muy benigno.

Séalo hasta el fin y en todo, para que podamos cantar victoria el día de Nuestra Señora de las Mercedes.

¡Bien lo necesitamos este año para que el cólera no haga su agosto!

NÚLEMA.



DE vez en cuando propalan los periódicos revolucionarios la noticia de que Su Santidad está enfermo: ahora lo han supuesto aquejado de una bronquitis aguda; pero, gracias á Dios, los buenos deseos del infierno van saliendo fallidos. El Papa, á pesar de su edad, de su naturaleza nada robusta, de sus penas y preocupaciones incesantes, goza de perfecta salud; y mientras los huéspedes del Quirinal emigran de Roma, huyendo de su clima fatal, Su Santidad continúa sus habituales tareas á pesar de las molestias de la estación. Su Santidad ha recibido en audiencia particular estos últimos días al cardenal Lavigerie, á Mons. Chicaro, Vicario apostólico de Egipto, y al príncipe Prisdang, ministro del rey de Siám, á quien ha servido de intérprete el cardenal Howard en esta entrevista; el Príncipe ha manifestado que los misioneros serían respetados y podrían con toda libertad ejercer su saludable y moralizador ministerio. También ha recibido Su Santidad á varios religiosos benedictinos, entre los que estaban el Reverendo P. Tosti, á los cuales ha encargado el Papa la publicación de las *Regesta* de Clemente V y sus inmediatos sucesores.

Parece ya acordado que el próximo Consistorio se celebre en Setiembre. En él creará Su Santidad varios Cardenales y serán preconizados varios Obispos. Es muy probable que en este Consistorio, si las negociaciones con el Consejo federal suizo continúan satisfactoriamente como hasta ahora, quede arreglada la cuestión diocesana en Basilea y en el Tessino, restableciéndose de este modo la paz religiosa.

Para Su Santidad no hay vacaciones. Incansable en sus tareas apostólicas, tiene puesta su vida al servicio de la Iglesia y de los católicos de todo el mundo.

Ya se ha dirigido á los Obispos de toda la cristiandad la instrucción de la Congregación del Santo Oficio relativa á la francmasonería, basada en la Encíclica *Humanum genus*.

En ella se dispone:

1.º Llamar á penitencia á todos los pecadores inscritos en la masonería ó en otras sociedades condenadas, y dándoles el plazo de un año para que puedan ser absueltos por los Ordinarios de las censuras en que han incurrido.

2.º Aplicar con el mayor cuidado todos y cada uno de los remedios indicados en la última Encíclica para curar al mundo de la enfermedad de las sociedades secretas, teniendo siempre presentes las circunstancias de lugar y tiempo.

3.º Se dan reglas para reconocer qué sociedades, además de la francmasonería, caen bajo las censuras pontificias.

El documento, que ha sido cuidadosamente revisado por el mismo Papa, es un comentario auténtico á la Encíclica, lleno de saludable doctrina y de instrucciones sumamente prácticas.

Diremos para terminar el párrafo de esta crónica relativo á Roma, que el cardenal Lavigerie ha conseguido el restablecimiento del arzobispado residencial de Cartago, del que Su Eminencia tomará el título como primado de África. Además ha obtenido para las misiones de Argel la casa de San Nicolás de Roma.

Las conquistas de la Iglesia son siempre conquistas de la civilización.

Los católicos alemanes se aperciben para la lucha electoral que se verificará en Octubre. El centro, para proceder con orden, ha dividido los distritos del Imperio en tres categorías: ha colocado en la primera aquellos en que los católicos tienen probabilidades de triunfar, y en éstos el centro presentará candidatos propios; ha colocado en la segunda otras en que los católicos no pueden triunfar sino aliándose con los partidos afines, y en la tercera, aquellos en que es imposible sostener ningún género de lucha. Para entrar en tratos los católicos con un candidato afín, deberá declarar éste, en primer término, que en la legislatura inmediata apoyará con su voto todas las proposiciones del centro encaminadas al restablecimiento de la paz religiosa en el Imperio. Todo candidato que á esto no se comprometa, será enérgicamente combatido por los católicos.

Cuatro millones de firmas, entre ellas muchas del ejército, van recogidas al pie de la protesta de los católicos alemanes contra el despojo de la Propaganda Fide.

Uno de los firmantes, Sr. Brecher, protestante, miembro del Consejo de guerra del Imperio, ha declarado en su programa electoral que defenderá á toda costa la alianza con el Papa, cuya amistad vale incomparablemente más que la del Quirinal.

Estas son las corrientes de la opinión pública en Alemania.

La fiesta de la República, como han dado en llamar los franceses á la de 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, ha tenido este año un incidente grave para Francia. Habiendo visto las turbas una bandera alemana en el hotel Continental, se lanzaron al asalto y entraron en el Hotel, rompiendo puertas y ventanas y profiriendo gritos contra Alemania. Este simulacro de la toma de la Bastilla se apuntará en el libro verde de Alemania, y cuando se reanude — que acaso no sea tarde — la campaña de Metz y Sedán, los alemanes tomarán la revancha, sin que puedan entonces los bravos republicanos franceses lucir como ahora su empuje y denuedo.

Aparte de este suceso, la fiesta ha sido ridícula: veinte batallones de chiquillos organizados por el Municipio de París recorrieron la capital simulando, no un ejército, sino un carnaval. Este cuerpo de ejército tiene sus jefes, que cobran sueldo, y el Municipio paga el traje de aquellos cuyas familias no pueden equiparlos. El plan de los demagogos consiste en separar á los niños de la vida de la familia, de los hogares donde aun luce la antorcha de la fe cristiana, y preparar su corrupción con los malos ejemplos de los cuerpos de guardia, con el contacto de maestros impíos y con las memorias del 93, y de sus desórdenes y crímenes espantosos. Y aun no inaugurada la campaña de los chiquillos, ya comienza á dar sus frutos. Oigan nuestros lectores al *Figaro*:

«Un centenar de chiquillos escapados de alguna escuela mal regida, vinieron ayer á las cinco de la tarde á ensayar delante de nuestras oficinas una manifestación. Estos chiquillos — los había de ocho años — representaban, al parecer, los famosos batallones escolares, á los que no faltaba sino este ridículo para ser el hazme reír de la población parisiense. El artículo justo y sensato de nuestro colaborador Giffard había desagradado á los niños, y venían á protestar contra *El Figaro*. ¡Pobres muchachos! Después de chillar y cantar cinco minutos, marcharon acompañados de la risa general.» *Le Français* dice que son los niños de coro de la República oficiando. ¡Pobres chicos y pobre Francia!

La fiesta de la Bastilla se ha celebrado, como era natural, con una nueva amnistía de rojos. Poco á poco van volviendo de su destierro, y poco á poco también van tomando posiciones para la futura campaña.

El cólera sigue estacionado en Marsella y Tolón. A pesar de los estudios de los más célebres médicos de Europa, la muerte guarda el secreto de la epidemia. Parece haber dicho mucho con la averiguación de los microbios; pero resulta que no ha dicho nada, porque es un hecho que no puede comprobarse. Aun suponiendo que existan esos insectos, ¿son causa ó efecto de la enfermedad? Nadie lo sabe. Lo único averiguado, según dicen, es que consiste en una *disposición de la atmósfera con predisposición en el individuo*; fórmula ó definición vaga que no descubre el velo del misterio. ¿Se consumirá la epidemia en los focos infestados, ó se difundirá por Europa? Dios lo sabe y lo dirá el tiempo.

En Holanda se hallan muy preocupadas todas las clases con la muerte del príncipe de Orange, hijo del rey Guillermo en su primer matrimonio y sucesor á la corona. Atendida la situación de este país y los planes que Prusia tiene sobre él, es un grave conflicto quedarse sin sucesor inmediato al trono, pues el rey Guillermo, de su segunda mujer, tiene una niña de dos años, la princesa Wilhelmine. La solución proyectada es poner en manos de la Reina, que aunque alemana de nacimiento es holandesa de corazón, la tutela de la princesa ó del príncipe que nazca, pues parece que la Reina está en cinta, y nombrar un Consejo de inspección compuesto de tres repúblicas eminentes.

El príncipe que ha muerto era un personaje escéntrico y por añadidura masón; pero se quería mejor esto que el peligro de caer en las garras de Alemania, que codicia con gran afán á Holanda.

La Italia liberal, que vive en continuo sobresalto, ha querido echarla de valiente contra España protestando contra las declaraciones del Sr. Pidal en el Congreso acerca del poder temporal de los Papas. El ministro Mancini se ha puesto á la cabeza de esta algarada, que ha dado un resultado contraproducente, pues toda la prensa conservadora de Europa, á más de hacer suyas las palabras del Sr. Pidal, las ha comentado con frases durísimas para Italia, riéndose á mandíbula batiente de los arrebatos italianísimos. El *Kremszeitung*, órgano del partido conservador protestante de Alemania y del gran canciller, ha dicho: «Es preciso que se convengan los italianos de que su nación es rica sólo en impuestos, y de que en un

período de tiempo no lejano el rey Humberto habrá de abandonar Roma á los católicos, si no por la fuerza de la lógica, quizá por la fuerza de las armas, porque Italia se va quedando aislada en Europa con su política de vacilaciones."

Y el *Fremdenblatt*, órgano oficioso del Gobierno de Viena, ha escrito á la cabeza de un artículo: "Italia, á fuerza de indisponerse con diversos Estados, acabará por aislarse completamente en Europa." No están los italianos para echar bravatas; tienen el tejado de vidrio y la casa de cartón.

Estos días se han exacerbado las erupciones nihilistas en Rusia. Verdaderamente, es como una enfermedad crónica que se agrava y se alivia de vez en cuando; pero que, implacable y cruel, no abandona al enfermo ni huye ante las medicinas. El Emperador visita en estos momentos algunas ciudades de Polonia, y dos días antes de llegar á Varsovia se descubrió un complot nihilista dirigido nada menos que por un juez de paz, el Sr. Bardowski, en cuya casa halló la policía gran cantidad de dinamita.

Si los jueces de paz andan en estos complots, ¿qué se podrá esperar de los que no sean jueces ni hombres de paz? Rusia es una nación cancerada, que sólo puede curarse con el depurativo de la verdad católica. El cisma griego carece de virtud para sanar á los pueblos y para salvar á los hombres.

Cada día se acentúa más en Suiza el movimiento antirradical. Las negociaciones con la Santa Sede para la reorganización y provisión de las diócesis de Basilea y el Tessino van adelante, y para ultimarlas se espera en Berna á un delegado de la Santa Sede. Este suceso, que hubiese provocado un conflicto hace algunos años, se considera ahora lo más natural del mundo y se mira con simpatías, no sólo por los católicos, que están gozosísimos, sino por los mismos protestantes conservadores.

La secta de los viejo-católicos de Berna se ha disuelto, y su obispo, frito de grey, ha presentado la renuncia de su cargo. Se sostenía por el auxilio de los radicales en odio á la Iglesia católica, y ha caído en cuanto le ha faltado apoyo. Dios quiera que las ovejas descarriadas vengan al redil del Buen Pastor.

Ha fallecido en Francia el célebre abate Moigno, consagrado toda su vida á difundir los estudios científicos y á demostrar su armonía con la fe. Era autor de la obra *Los Esplendores de la Fe*, ya traducida al castellano, y de la revista *Los Mundos*, enciclopedia científica del siglo XIX.—R. I. P.

También ha fallecido en Roma el cardenal Falloux, quien ha legado al Papa su magnífica galería de cuadros antiguos.

M. RIFRA.

LOS GRABADOS

EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. ANTONIO OCHOA Y ARENAS
Obispo de Sigüenza.

La Iglesia de Sigüenza se halla regida actualmente por el celoso Obispo cuyo retrato publicamos, y cuya biografía vamos á hacer siquiera á grandes rasgos, aunque para ello nos veamos obligados á herir la modestia del ilustre Prelado.

Natural del pueblo de San Román de Cameros, en la provincia de Logroño, diócesis de Calahorra y la Calzada, no el encomio, sino la verdad, obligan á decir que el Excmo. é Ilmo. Sr. Ochoa y Arenas no ha conocido los ocios de la infancia, pues habiendo nacido el 17 de Enero de 1834, en Noviembre de 1845 le vemos ya matriculado en el Instituto de Logroño en el tercer año de Filosofía, que probó con la calificación de sobresaliente, después de haber sufrido el examen de latín y de historia sagrada, que á la edad de nueve años había comenzado á estudiar en Santo Domingo de la Calzada, donde su padre, cuya honradez hizo proverbial, era profesor de instrucción primaria. Graduado por unanimidad de bachiller en Filosofía apenas cumplidos los catorce años, fué á estudiar Jurisprudencia á la universidad de Valladolid, donde el joven riojano se distinguió por una conducta modelo, que nacía de las virtudes con que favorecía la gracia de su vocación al Sacerdocio y de una aplicación que aumentaba notoriamente sus felices disposiciones. Pronto sus aficiones científicas imprimieron á sus estudios una dirección preferente, y las ciencias eclesiásticas, vastos estudios de Derecho comparado, el conocimiento de la lengua griega, la Historia universal de la Iglesia, el Derecho canónico completo, la Disciplina general, y especialmente sus relaciones con los Concordatos españoles y demás leyes civiles; el grado de bachiller en Jurisprudencia, que se lo otorgó por unanimidad; el de licenciado en la misma Facultad, cuyo título ganó en pública oposición en 1856; el de doctor, obtenido igualmente por unanimidad el año 1857 en la universidad de Madrid, habiéndole apadrinado el malogrado catedrático y eminente literato D. Severo Catalina, y la reválida de sus estudios para obtener el doctorado en Cánones, llenan los nueve años que separan al bachiller por Logroño

del Canónigo Doctoral de Santo Domingo de la Calzada, *nemine discrepante*.

El distinguido alumno de la Universidad no se dió un momento de reposo, y su juventud, dominada completamente por el estudio, entraba en los graves oficios de la Iglesia sin consentir que se marchitasen los laureles que había ganado en las aulas.

En un período tan difícil por las agitaciones políticas de nuestro país, que tantas aptitudes extraviaban, sorprende en verdad que un joven sepa obtener el triunfo de vencerse á sí mismo para seguir tan sólo los mandatos de su fe y de su conciencia, que le llaman á los estudios menos positivos, según el espíritu del mundo, y á un estado poco apetecible por las corrientes que imperan y por los sacrificios que imponen.

Veintitres años tenía el Sr. Ochoa cuando obtuvo por oposición la Canongía Doctoral de la Calzada, y al año siguiente, 20 de Marzo de 1858, fué ordenado de sacerdote en la ciudad de Pamplona, sirviéndole de título tan honrosa prebenda. Naturaleza infatigable, los cargos de su ministerio multiplicaron su actividad; la predicación y los Sacramentos, los exámenes sinodales y los negocios de la diócesis no estorbaron su perseverancia en los estudios, y apenas cumplidos dos años, esto es, en Octubre de 1860, se opuso á la Doctoral de Pamplona, que obtuvo también *nemine discrepante*; en su desempeño cumplió como bueno, y en esta diócesis dejó tantas pruebas de su laboriosidad y de su celo como afecciones y simpatías así entre todas las clases de la sociedad como en el Colegio de Abogados de aquella ciudad, del que es individuo, cuando en 1864 el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Fr. Manuel García Gil, dignísimo arzobispo de Zaragoza, le nombró Canónigo de aquella Santa Iglesia en recompensa de los méritos que en nuevas oposiciones practicadas el año 1863 había probado.

Si las honrosas calificaciones de todos sus cursos académicos muestran bastante sus talentos, y sus varias oposiciones sus provechosos estudios, en la nueva esfera abierta á su celo apostólico desde que en 1865 fué nombrado Secretario de la Santa Visita y Visitador general de la diócesis de Zaragoza manifestó sus aptitudes para el Gobierno eclesiástico, y con una experiencia práctica de los negocios espirituales venía providencialmente á perfeccionar sus conocimientos y disponerse para servir á los designios de Dios. El celo verdaderamente apostólico del Sr. Arzobispo de Zaragoza, el Excmo. Sr. Cardenal García Gil, tuvo en el Sr. Ochoa un auxiliar fiel y constante, y los viajes á Roma, las improbas tareas de la santa pastoral visita diocesana, los escabrosos conflictos de las conciencias, la obra de la predicación cristiana, el orden de la administración eclesiástica, la dirección espiritual de comunidades religiosas, algunas de ellas muy numerosas; la dirección también de las principales asociaciones religiosas que allí existen, y á las que supo levantar á una extraordinaria altura; el régimen de inspección superior de todas las escuelas dominicales de aquella capital, los graves asuntos y los pequeños detalles, ni agotaron sus fuerzas ni rindieron su voluntad; el infatigable Sr. Ochoa sabía que su misión era la lucha, y no abandonaba sus banderas. En 1878 fué nombrado por el Excmo. señor Cardenal Arzobispo de Zaragoza arcepreste del Salvador, que es la segunda dignidad *post pontificalem*, y el 16 de Diciembre del mismo año recibió el nombramiento de obispo de Sigüenza. El clero y el pueblo de Zaragoza recibieron con inusitada alegría la noticia de este nombramiento, y desde aquel momento la población entera demostró, por cuantos medios podía hacerlo, el aprecio y cariño que profesaban al Sr. Ochoa. En el Consistorio celebrado por nuestro Santísimo Padre León XIII el 28 de Febrero de 1879 fué preconizado, y el 1.º de Junio del mismo año recibió la consagración episcopal en el santo templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar con la pompa y majestad con que se celebran estas ceremonias en aquella insigne Iglesia, y entre las lágrimas de su anciana y cariñosa madre, la satisfacción del Cabildo catedral, que le apadrinó porque le amaba como á cosa propia, la alegría de su nueva grey que veía realizados sus fervientes deseos y los respetos de un numeroso pueblo que tantas veces había escuchado los consejos de su fe purísima y tantas otras se ha edificado con el ejemplo de sus virtudes, habiendo sido Prelado consagrante el Excmo. Sr. Cardenal García Gil, arzobispo de Zaragoza, y asistentes los Ilmos. Sres. Obispos de Pamplona y Huesca. Recibidas las Bulas de Su Santidad tomó posesión por medio de Procurador, y el 27 de Junio hizo su entrada solemne en su capital diocesana.

El celo que había demostrado el sacerdote no había de decrecer en el Obispo; y en efecto, apenas tomó la dirección de la diócesis se ocupó sin descanso en conocer las necesidades de su grey para poder remediarlas. Los Seminarios, las parroquias, las comunidades religiosas, todo es objeto constante de sus atenciones, como lo prueban el estado floreciente en que se encuentran tanto el Seminario menor, en el que se da la segunda enseñanza oficial por hallarse incorporado al Instituto provincial de Guadalajara, como el Seminario mayor, dotado de un personal y material con el que cuentan muy pocos de los de su clase; las grandes mejoras hechas en ambos establecimientos, y especialmente en el segundo, al que el actual Obispo de Sigüenza ha dotado de una hermosa capilla, de que carecía, y un magnífico salón de biblioteca, prueban evidentemente que ninguna necesidad se esconde al celo ardiente, claro talento y penetrante mirada del Excmo. é Ilmo. Sr. Ochoa.

Deseoso de procurar por todos los medios la santificación de las almas, no pierde ocasión de dirigir á los fieles su apostólica palabra, instruyéndoles en las verdades cristianas, haciéndoles conocer sus deberes y darles reglas para cumplirlos; la facilidad de expresión, la hermosura de la frase y la galanura de los conceptos, unidas á sus profundos y vastos conocimientos, hacen que siempre se le escuche con gusto, contribuyendo á esto no poco la novedad que constantemente se encuentra en sus discursos. Efecto necesario de este celo ha sido el haberse levantado asocia-

ciones que estaban próximas á desaparecer y fundarse otras que, como la exposición del Santísimo Sacramento todos los domingos y días festivos y el establecimiento de las escuelas dominicales, prueban evidentemente la solicitud pastoral del Prelado.

Mas donde aparece más notable su amor á la grey que Dios le ha confiado, y donde se despliega verdaderamente su celo, es en la santa pastoral visita que está actualmente girando á todos los pueblos de la diócesis. Convencido el Excmo. é Ilmo. Sr. Ochoa que es imposible conocer las necesidades de las parroquias sin visitarlas, y de que conocer esas necesidades tales cuales son en sí es la primera necesidad de quien trata de remediarlas, resolvió hacer la santa visita personalmente en todos los pueblos de la diócesis, ya fuesen matrices, ya anejos ó agregados á otros. Ni las grandes distancias que separan á unos pueblos de otros, ni la falta de caminos transitables en muchos puntos, ni lo desahacible del clima la mayor parte del año, fueron obstáculo á la realización de su idea; y de las quinientas parroquias de que próximamente se compone la diócesis, ha recorrido ya personalmente cerca de cuatrocientas, visitando todas las ermitas y santuarios, y dando por sí mismo la sagrada comunión á todos los adultos de los puntos visitados, pues enviando con alguna anticipación misioneros que preparen á los pueblos, son en ellos las comuniones no sólo generales sino universales; ha administrado el santo sacramento de la Confirmación en todos los pueblos visitados, y en todos también ha dirigido á los fieles su apostólica palabra.

Lo mismo la capital diocesana que los pueblos visitados conocen perfectamente la inagotable caridad del Prelado, á quien encuentran siempre dispuesto á remediar las necesidades, tanto de los particulares como de las parroquias, congregaciones y monasterios.

Su amor y adhesión al Romano Pontífice aparecieron muy manifiestos en el último viaje que el Ilmo. Sr. Ochoa hizo á Roma. Mostró el Papa deseos de que se realizasen las peregrinaciones regionales, y organizada la de Toledo, y viendo la imposibilidad en que el Excmo. Sr. Cardenal Moreno se encontraba de ir personalmente á la capital del orbe católico, el obispo de Sigüenza se ofreció incondicionalmente á lo que el Primado dispusiera, y aceptó en su nombre la presidencia de la peregrinación, que desempeñó tan admirablemente, mostrando en ello, no sólo su amor al Papa y adhesión á la Cátedra infalible, sino también sus grandes dotes oratorias y sus profundos conocimientos.

Su Santidad le agració entonces con el título de su Prelado doméstico, Asistente al Sacro Solio Pontificio, demostrando así la simpatía que sentía hacia el joven Prelado español.

En Abril último fué agraciado por S. M. el Rey con la Gran Cruz de Isabel la Católica, y el 8 de Mayo elegido por unanimidad senador por la provincia eclesiástica de Toledo, cuyo cargo juró el 11 de Julio á fin de estar preparado para defender los sagrados derechos de la Iglesia en cualquier tiempo en que trataran de violarlos.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Ochoa tiene la gratísima satisfacción de tener en su compañía á su querida madre, venerable anciana que, á pesar de contar la avanzada edad de ochenta y cuatro años, conserva en perfecto estado sus facultades intelectuales y goza de una salud completa, sirviendo esto de gran consuelo y alegría á su ilustrado y virtuoso hijo.

R. I.

VISTA DE JERUSALÉN POR LA PUERTA DE LOS PEREGRINOS

La ciudad santa de Jerusalén tiene varios aspectos, por hallarse situada sobre colinas; el de nuestro grabado es el que comúnmente contemplan los peregrinos.

Hablando de este punto de vista, decía Chateaubriand: "Puedo asegurar que, aunque viviese mil años, no olvidaría jamás aquel desierto que parece respirar todavía la grandeza de Jehová y los espantos de la muerte."

Por aquí es por donde la asaltaron los cruzados, y por donde se ven todavía más vivas las huellas de aquellas memorables empresas en que simbolizó la Edad Media toda su fe, su valor y su constancia indomables.

GALERÍA LLAMADA DE VÍCTOR MANUEL EN MILÁN

Es una de las obras modernas más notables de la capital de la antigua Lombardía, y acaso, en su género, de las ciudades de Europa. Forma un pasaje acristalado, largo como una calle, alto como una catedral, dispuesto en cruz griega con una cúpula en medio de 50 metros de altura, cerrada por un octógono de 29 metros de diámetro; este octógono se halla adornado con veintinueve estatuas de italianos ilustres. La extensión de la galería es de 195 metros y 50 de ancha. La altura desde el suelo hasta el arranque de las ventanas, es de 32 metros. Tiene dos entradas monumentales: una por la plaza de la Scala y otra por la de la Catedral, que es lo que representa nuestro grabado. Por la noche se ilumina con 2.000 mecheros de gas, y es curioso ver encender los que rodean la cúpula, porque se hace casi instantáneamente por medio de una pequeña locomotora montada sobre un camino de hierro circular. Las galerías laterales desembocan en otras calles.

Esta magnífica galería fué ejecutada en dos años y medio por iniciativa y con fondos de una Compañía inglesa según el proyecto del arquitecto boloñés Sr. Mengoni. Se colocó la primera piedra en 7 de Marzo de 1865. El suelo es de mosaico de Venecia y las vidrieras de Saint-Gobain. Es esta galería una de las cosas notables de Milán, ciudad medio italiana y medio francesa, favorecida con muchos forasteros.

NOTAS SOBRE LAS MISIONES

DE LA ALTA CALIFORNIA

(Conclusión.)

QUINTA MISIÓN

San Luis, Obispo.

El P. Serra, acompañado del capitán Fages y del P. José Caraller, salió de Monterrey para ir á fundar la Misión de San Luis, Obispo; después de caminar veinte leguas llegaron á una cañada llamada de los Osos por abundar mucho estas fieras en aquella parte, y los soldados mataron algunos, comiendo de su carne, pues estaban muy hambrientos. Habiendo llegado al lugar donde está ahora situada la ciudad de San Luis, Obispo, erigieron una cruz y se celebró la primera misa en el 1.º de Setiembre de 1772.

A mí me cupo el honor de predicar en el primer centenario de esta Misión, y procuré describir lo mejor que pude el gran bien que los Padres Franciscanos habían obtenido en el establecimiento de las Misiones, y cómo eran dignos de eterna execración aquellos que habían secularizado las Misiones, se habían apoderado de los bienes temporales de ellas y habían dispersado á los pobres indios. En esta Misión se usaron tejas por primera vez para cubrir la iglesia y casas contiguas. Muchos experimentos tuvieron que hacer antes de conseguir lo que deseaban, pues los Padres tenían que ser albañiles, carpinteros, herreros; en fin, tenían que enseñar á los indios un poco de todo. El mismo techo de tejas que tanto trabajo costó concluir al padre Caraller, se cayó hace pocos años mientras el pueblo asistía á las vísperas. Al oír el ruido, el pueblo se precipitó hacia la calle; pero la serenidad del presbítero Pedro Sastre pudo evitar muchas desgracias. El artesonado era tan fuerte que las tejas se cayeron en el cielo raso, pero no dentro de la iglesia, por lo que se evitaron muchas desgracias.

A la muerte del P. Serra en 1784, la Misión de San Luis Obispo contaba 616 cristianos.

Por este tiempo el infatigable P. Junípero, acompañado de uno de sus neófitos, se embarcó para San Blas; de aquel puerto caminó como 240 millas á pie hasta Guadalajara, donde enfermó de gravedad; apenas se repuso se fué á la capital, donde obtuvo del virrey Bucareli todo el favor que deseó para sus Misiones de California; regresó aquí enfermo, débil y viejo, y en el 11 de Mayo de 1774 tuvo el consuelo de abrazar sus neófitos en Monterrey. Entre tanto envió algunos de sus misioneros á la expedición del Norte, los que llegaron hasta el grado 47 de latitud, mientras una de las fragatas se aventuró hasta la bahía de Bristol, en el grado 58 de latitud norte, á cuya bahía llamaron de Nuestra Señora de los Remedios.

Una tercera expedición de dos fragatas, con los P. Riobo y Noriega de capellanes, penetró en 1777 en unos estrechos que llamaron de Bucareli, y descubrieron muchas islas. Aquí estuvieron dos meses, comunicando con muchas tribus de indios. De aquellos estrechos subieron hasta el grado 60 de latitud, donde plantaron una cruz y cantaron el *Vexilla Regis*, rodeándolos muchas canoas llenas de indios. Desde este punto pudieron contemplar el promontorio San Elías. En el camino les sorprendió una tormenta; pero invocando la «Estrella del Mar», llegaron con felicidad. Como la estación estaba algo adelantada, regresaron hacia el Sur, y en 14 de Octubre de 1777 entraron en la gran bahía de San Francisco. Aquí supieron la muerte del virrey Bucareli, á cuyo celo se debía que el pabellón español y la cruz de Jesucristo fueran plantadas en las heladas regiones del norte de América. ¡Pobre España, qué cambio tan triste ha venido sobre tí sólo en un siglo! Cien años hace, tu pabellón ondeaba desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo San Elías; hoy día no tienes en toda esta costa del Pacífico una pulgada de terreno que puedas llamar tuya. Debieras enorgullecerte de hombres como Serra y sus compañeros, que, junto con el amor á Dios, hacían respetar el pabellón español en esos mares; pero tú, ingrata, por más de medio siglo has desterrado de tu suelo esos tus hijos predilectos, y apenas ahora empiezas á abrir tus ojos cuando les permites que, después de cincuenta años de injusticia, vuelvan á tomar posesión del país que les vió nacer para llorar sobre las ruinas de sus conventos, destruidos y saqueados por manos insanas é impías.

Quiera Dios que la vuelta de los religiosos en España te abra otra vez una era de prosperidad, y que puedas pronto sentarte de nuevo entre las primeras naciones de Europa coronada de laureles,

con una mano señalando á Roma, centro de la unidad católica, mientras con la otra saludas á las repúblicas de este nuevo mundo que devolviste á Jesucristo en los días de tu mayor gloria.

SEXTA MISIÓN

Dolores.—San Francisco.

El descubrimiento de la bahía de San Francisco se debe á la expedición por tierra en busca del puerto de Monterrey. Esta expedición salió de San Diego en 14 de Julio de 1769, y estaba compuesta del gobernador Portolá, del capitán Rivera, del lugarteniente Fages, de veintisiete soldados y siete voluntarios de Cataluña, de quince indios cristianos de la Baja California y de los PP. Franciscanos Crespi y Gómez.

El P. Crespi nos ha dejado un itinerario de esta expedición. Llegaron á la punta Pinos, donde está el puerto de Monterrey, y la divina Providencia permitió que no reconocieran el lugar, pues los destinaba para un descubrimiento mucho mayor: el del puerto de San Francisco.

Dieron la vuelta alrededor de la bahía de Monterrey; pasaron por Santa Cruz, en donde estoy escribiendo estas líneas, y dejando siempre el mar á su izquierda, se dirigieron hacia el Norte, y el día 31 de Octubre del mismo año 1769, desde un mécano descubrieron debajo sus pies la gran bahía de San Francisco.

El P. Palou, biógrafo de la vida del P. Junípero y autor del precioso libro en cuatro tomos intitulado *Noticias de la Nueva California*, visitó de nuevo la bahía de San Francisco siete años después, esto es, en el 27 de Junio de 1776. Le enviaron dos expediciones, una por mar y la otra por tierra. En la fiesta de los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo celebró el P. Palou su primera misa en lo que es hoy la ciudad de San Francisco, debajo de una enramada; el paquebot no llegó hasta Agosto, y no tomaron posesión del lugar hasta el 17 de Setiembre, erigiendo una cruz y cantando el *Te Deum*. Con todo, la Misión no fué establecida hasta el 8 de Octubre del mismo año 1776.

No se imaginaron entonces el P. Palou y sus compañeros que cien años después de esta ceremonia una ciudad, contando más de 200.000 habitantes, se extendería sobre aquellos mécanos, y buques de todas las partes del mundo surcarían aquellas aguas. Una imagen de San Francisco se llevó aquel día en procesión, asistiendo á ella los soldados y marineros. De los indios ninguno estaba presente: atacados por una tribu más valiente que ellos, llamados «salsonas», se habían pasado al otro lado de la bahía en sus balsas de tule. No volvieron hasta el mes de Marzo del año siguiente, y el primer bautismo no tuvo lugar hasta el 24 de Junio, fiesta de San Juan Bautista.

El P. Palou dice que los indios próximos á la bahía de San Francisco eran más negros que los de otras tribus, y que en la muerte de sus parientes ó amigos se cortaban el pelo en señal de dolor y se cubrían de ceniza. En ninguna de las Misiones hemos hallado ninguna señal de idolatría, sino sólo una especie de infidelidad negativa: por eso los indígenas fácilmente creyeron los misterios de nuestra religión sacrosanta. Alrededor de la bahía los indios se alimentaban con pescado y semilla, que molían con harina, y hacían atole. Cuando podían coger una ballena hacían una gran fiesta: la cortaban á pedazos y la hacían cocer en hornos que tenían hechos debajo de la tierra. Las mujeres iban en parte cubiertas, y mostraban mucha modestia cuando comparecían en público. El 1876 vió el primer aniversario de la Misión Dolores ó sea de San Francisco: tuve yo la dicha de asistir á ella; la misa no pudo celebrarse en la iglesia antigua por ser demasiada angosta para tanto gentío; se celebró, pues, á campo raso, asistiendo á ella las primeras autoridades, quienes, á pesar de ser protestantes, tuvieron mucho interés en realzar la función con su presencia. Una procesión cívica y militar tuvo lugar después de la misa pontifical, y de 5 á 6.000 personas tomaron parte en ella; tardó una hora en pasar y ocupaba una extensión de milla y media. Después de la procesión tuvieron lugar unos ejercicios literarios en el salón más grande de San Francisco, que en un momento se llenó; todo estuvo grande: el discurso inaugural por el gobernador civil Mr. Iruda, el poema, y sobre todo el discurso por el orador Mr. Dwinelle, quien hizo un grande encomio de la Iglesia católica en los Estados Unidos. No puedo excusarme en citar algunas de sus últimas frases: «Hoy hace cien años, apenas 50 personas asistieron á la fundación de esta Misión; hoy asisten á miles. Entonces no había aquí población, hoy contamos más de 300.000; en otros cien años San Fran-

cisco será la ciudad más grande del Pacífico. Protestante como soy, no temo decir que me alegro de la fuerza y vigor de la Iglesia católica apostólica y romana, y predigo que cien años más adelante será más fuerte que nunca y que su fuerza será mayor en los Estados Unidos que en cualquier otro lugar; y cuando considero que ella es la madre de la civilización moderna y la protectora de todas las instituciones libre políticas, yo ruego al Altísimo se sirva derramar sus bendiciones en su seno.»

Ya casi de noche, en el mismo día, el Sr. Arzobispo de San Francisco puso la primera piedra para un nuevo templo que había de erigirse en honor de San Francisco de Asís y en conmemoración de este primer aniversario.

SÉPTIMA MISIÓN

San Juan Capistrano.

No había pasado un mes de la fundación de la Misión de San Francisco, cuando fué fundada la de San Juan Capistrano en el Sur de la California, en el 1.º de Noviembre de 1776.

El P. Serra, desde Monterrey, vigilaba cómo la fe se iba á propagar en el Norte; pero no olvidaba el Sur, y por eso envió al P. Lazuen y anunció iba fundar una nueva Misión entre San Gabriel y San Diego. Mientras preparaban los materiales para erigir la Misión, les llegó la noticia de que los indios habían saqueado la Misión de San Diego y matado uno de los Misioneros. Al oír esto, enterraron las campanas y se volvieron para San Diego. Seis meses pasaron cuando el P. Presidente bajó de Monterrey, y de allí pasó á fundar la Misión de San Juan Capistrano. Mientras se dirigían á esta Misión con un indio cristiano y un soldado, los indios los atacaron por apoderarse de las pocas reses que conducían. El indio cristiano les hizo seña de que venían detrás muchos soldados, y los salvajes dejaron caer sus arcos y flechas; el P. Junípero los hizo acercar, é hizo sobre cada uno la señal de la cruz y los dejó ir.

El clima de San Juan Capistrano es semitropical, y allí se crían naranjas, limones y granadas; en fin, toda clase de frutas.

En 1784 había en esta Misión 472 cristianos.

OCTAVA MISIÓN

Santa Clara.

En un llano muy extenso, que los primeros exploradores llamaron de San Bernardino, fué fundada la Misión de Santa Clara. La primera misa fué celebrada allí en el 12 de Enero de 1777 por el P. Peña. Poco tiempo después una epidemia se propagó, y los padres gentiles traían sus niños á bautizar; las oraciones de estos inocentes deben haber influido en favor de sus padres, pues en ninguna Misión hallamos tantos indios cristianos como en Santa Clara; en el espacio de siete años se contaban 669 cristianos. De esta Misión queda sólo la iglesia antigua forrada de madera por fuera y con fachada moderna; el interior nos recuerda otros tiempos. Los PP. Jesuitas tienen un célebre colegio aquí en Santa Clara, donde se educan centenares de hijos de las familias más ricas. Aquí estuvo de Misionero el P. Magín, que murió en olor de santidad, y de quien cuentan cosas que rayan á milagro y á profecía. Se están ahora recogiendo datos sobre estos hechos singulares. Es su nombre invocado por los californios, y nadá más común que oír: «dígame una misa al alma del P. Magín», creyendo de este modo invocar su favor.

Un joven natural de aquí y de raza española, después de ser convertido y ordenado sacerdote, se arrodilló una noche para acostarse y rezar sus oraciones nocturnas; debía el día después celebrar su primera misa; su compañero sacerdote, que durmió en el mismo cuarto, lo halló arrodillado aún al día siguiente y muerto. ¡Cosa extraña! Desde entonces ninguno de esta raza ha pedido para estudiar para el sacerdocio. Por este tiempo fué fundado el pueblo de San José, tres millas distantes de Santa Clara; hoy cuenta 15.000 habitantes, y tiene dos iglesias católicas y una academia ó colegio de niñas bajo la dirección de las monjas llamadas de Loreto.

NOVENA MISIÓN

San Buenaventura.

Órdenes muy apremiantes llegaron de Méjico al capitán general De Croix, con objeto de que estableciera tres Misiones en el canal llamado de Santa Bárbara, una en medio bajo la invocación de la Santa, otra al norte del canal en honor de la Purísima Concepción, y otra al sur bajo la advocación del Doctor Seráfico San Buenaventura.

A este fin el marqués De Croix pidió una recluta de 75 soldados y el P. Junípero Serra; habiendo bajado a pie hasta San Gabriel, salieron desde allí para fundar la Misión de San Buenaventura. Jamás se había visto tanta comitiva en la fundación de las otras Misiones como en esta de San Buenaventura.

Se componía la comitiva del Gobernador y su ayudante, de la tropa con sus oficiales y de familias cristianas que iban a establecerse en la nueva Misión: iban sólo dos Padres: el P. Serra y el P. Cambón. El 29 de Marzo llegaron al principio o cabeza del canal, que la expedición del 1769 había llamado de la Asunción, en un lugar cerca de la playa, donde hallaron muchos indios que vivían en chozas cónicas.

Al día siguiente de su llegada, que fué el de la Pascua de la Resurrección, se plantó la cruz, y el P. Serra celebró la misa y predicó un sermón muy fervoroso. Los indios estaban presentes a esta ceremonia y ayudaron a los cristianos a construir los edificios.

Fué fundada esta Misión en el 31 de Mayo de 1782.

DÉCIMA MISIÓN

Santa Bárbara.

Poco después de fundar la Misión de San Buenaventura, el P. Serra, acompañado del Gobernador y soldados, se internó treinta millas hacia al Norte, hasta que llegaron a un lugar creído a propósito para la Misión de Santa Bárbara; erigieron una cruz, mas por falta de sacerdotes la Misión no fué erigida hasta el 4 de Diciembre de 1786; pero el P. Serra ya había pasado a su eterno descanso desde el 28 de Agosto de 1784.

Su muerte fué la de un Santo; a pie se fué a la iglesia para recibir el Viático, y con voz sonora entonó el *Tantum ergo*. Después recibió la Extremaunción, y habiendo recitado las horas menores, echándose en su dura cama y abrazado a una cruz, fué hallado muerto poco rato después.

A sus funerales asistieron el Almirante, soldados y marineros de dos buques de guerra anclados en Monterrey, como si Dios los hubiera enviado allí para hacer honores de general a quien tanto había trabajado para procurar la gloria de Dios y extender los dominios del monarca de España.

Su compañero el P. Palou fué su sucesor como prefecto de estas Misiones, y uno de sus primeros actos fué la fundación de la Misión de Santa Bárbara. Esta Misión existe en el día muy bien preservada; es la única en que han quedado los Padres Franciscanos, fundadores de todas las Misiones de la Alta California.

El que escribe estas líneas ha visitado dicha iglesia y convento varias veces, y tuvo la dicha de conocer allí al muy Rdo. P. González, Superior de los Franciscanos y gobernador de la mitra después de la muerte del Sr. D. García Diego, primer Obispo de ambas Californias. Los Padres Franciscanos celebraron con la mayor pompa posible el séptimo centenario del nacimiento de San Francisco, celebrando la misa el P. Comisario de los Dominicos, el muy Rdo. P. Sadra Vilarrasa, y predicando otro Dominico, el P. Viñes, dándose la casualidad que la misa mayor fuera cantada los tres días por tres diferentes Padres catalanes y que el orador fuera también catalán.

Durante la administración del P. Palou, Prefecto apostólico, fué fundada la Misión de la Purísima en el 8 de Diciembre de 1787, y fué la undécima Misión.

DUODÉCIMA MISIÓN

Santa Cruz.

Esta Misión está situada en una colina cerca las orillas del río San Lorenzo, ofreciendo hacia el Norte un panorama magnífico de montañas y collados coronados de árboles seculares y siempre verdes llamados «Palo colorado». Por el Sur se extiende a sus pies la bahía de Monterrey.

Fué fundada esta Misión en el 25 de Setiembre de 1791, siendo sus primeros ministros el P. Alonso Salazar y Fr. Baldomero López.

La iglesia fué dedicada en 1794 con grandes ceremonias, asistiendo seis sacerdotes, el comandante del fuerte de San Francisco y gran concurso de pueblo.

Esta iglesia ya está en ruínas, quedando en pie sólo parte del santuario y sacristía. Aquí está enterrado Fr. Andrés Quintana, que fué asesinado por los indios de esta Misión en el año 1812.

Esta ciudad cuenta sólo de 5.000 a 6.000 habitantes; con todo, su población en verano aumenta en algunos miles más, siendo lugar de recreo y de baños

de mar; dos vías férreas la unen con la metrópoli: puede ser que algún día llegue a ser una gran ciudad, como en cierto modo lo predijo el P. Palou cuando pasó por aquí hace más de cien años y dijo que era lugar a propósito para una Misión, y más para un pueblo, y si quieren para una gran ciudad: tienen bosques, agua en abundancia y tierras muy ricas. El clima aquí es muy saludable, como en toda la California, con muy pocas excepciones.

En Octubre de 1791 fué fundada la Misión de la Soledad cerca del río Salinas, hoy enteramente en ruínas, no quedando señal que indique donde estuvo la Misión; por eso no pude obtener fotografía de la misma. Fué la décimatercera en orden de fundación.

DECIMACUARTA MISIÓN

San José.

Fué fundada en el 11 de Junio de 1797. Hoy día en ruínas, levantándose cerca de ellas un hermoso seminario para la provincia eclesiástica de San Francisco. El Rdo. P. González, misionero que fué de San José, me escribía en 1864 como sigue: «Mi Misión era la de San José; y aunque se me prometió que no la iban a secularizar, cayó bajo el yugo seglar en 1836.

»En el inventario que hice en 1837 resultó que la Misión contaba 1.300 neófitos, un gran trozo de terreno, dos huertas con 1.600 árboles frutales, dos viñas, utensilios de labranza y para zapatería, herrería y carpintería.

»Los campos llenos de ganado, el mayor 20.000 cabezas, el menor de 15.000, a más contaba 459 caballos y 149 bueyes.

»Dos veces al año daba vestido a los neófitos por valor de 6.000 pesos, y cuando fué secularizada la Misión entregué al mayordomo por valor de 20.000 pesos.»

DECIMAQUINTA MISIÓN

San Juan Bautista.

La Misión de San Juan Bautista fué fundada, bajo el reinado de Carlos IV, en un lugar llamado por los indígenas *Popelonichom*, y por los exploradores San Benito. Fué empezada la Misión en la fiesta de San Juan Bautista, en 24 de Junio de 1797.

En 1812 esta Misión contaba ya 1.963 cristianos. La iglesia y casas contiguas están aún en buen estado de preservación, pero la población de San Juan se reduce hoy día a algunos cientos de habitantes y no más.

Con todo, las monjas del purísimo é inmaculado corazón de María, que vinieron aquí procedentes de Gerona, cuidan de las huerfanitas y tienen escuela diaria. Estas monjas cuentan ya cuatro conventos en la diócesis de Monterrey y los Angeles.

De las otras Misiones, por carecer de datos podrá dar sólo la fecha en que fueron fundadas:

Misión 16.^a — *San Miguel, cerca el río Salinas*, fundada en 25 de Julio de 1797.

Id. 17.^a — *San Fernando, Rey, al norte de los Angeles*, id. 8 de Setiembre de 1797.

Id. 18.^a — *San Luis, Rey de Francia, trece leguas de San Diego*, id. 13 de Junio de 1798.

Id. 19.^a — *Santa Inés, doce leguas de Santa Bárbara*, id. 17 de Setiembre de 1804.

Id. 20.^a — *San Rafael, al norte de San Francisco*, id. 14 de Diciembre de 1819.

Id. 21.^a — *San Francisco Solano, condado Sonoma*, id. 25 de Agosto de 1823.

CONCLUSIÓN

No puedo acabar mejor estas notas que citando de nuevo las palabras del M. Rdo. P. González, el último de los misioneros antiguos que plantaron la fe entre los indios.

«A mi llegada en este país, que fué el 15 de Enero de 1833, existían desde San Diego hasta San Francisco Solana 21 Misiones que proveían para la subsistencia de 14.000 a 15.000 indios.

»Hasta las Misiones más pobres, como la de la Soledad y la de San Rafael, proveían todo lo necesario. Cada Misión era como una Comunidad, de quien el misionero ó Presidente distribuía los cargos y beneficios. Ninguno trabajaba para sí mismo, pero sí para el bien de la Misión en general. El P. Misionero era el procurador y defensor de sus neófitos y al mismo tiempo su jefe ó juez de paz, pues los indios no estaban sujetos a la pública autoridad, excepto en casos criminales. Este sistema, aunque criticado por los políticos, es el único que hizo estas

Misiones tan florecientes. La más rica en temporalidades era la de San Gabriel: en población la de San Luis, Rey.

»Se observó que mientras las Misiones estuvieron en manos de misioneros prosperaron, pero apenas cayeron en manos seglares quedaron en ruínas. El gobierno de Méjico debía, en el año 1830, en favor de estas Misiones la suma de 4.000.000 de pesos fuertes, sin contar deudas menores.

»Dejadas en manos de los sacerdotes estas Misiones hubieran prosperado, y nuevas Misiones se hubieran establecido hasta los tulares; pero la revolución de España en el año 1808 y la de Méjico dos años después, acabó con la prosperidad de estas Misiones.»

Las Misiones en ruínas, los indios dispersos y acabándose, no nos queda a nosotros sino admirar el celo de Junípero y sus hermanos, y abominar la rapacidad de aquellos que destruyeron estos centros de civilización cristiana.

LA CAMPANA DEL ROSARIO

PENSAN los descreídos que las campanas son un sonido vano, y creen que sólo sirven de trompas al clero para interponerse en el curso activo y distraído del hombre «¿Qué misión, dicen, tienen esas estrepitosas importunas? Si es anunciar una agonía ó una muerte, ¡qué horror! — ¿A qué ese intempestivo hermano, es preciso morir? — ¿A qué ese *Mane, Tezel, Fares* en el alegre festín de la vida? — ¿Anuncian un bautismo?... ¿Qué nos va ni nos viene, exclaman, de que nazca al mundo un semejante, ni que éntre un alma en la grey cristiana? — Si anuncian las fiestas ó divinos oficios, ¿a qué — piensan — si no queremos concurrir á ellos?»

Sí, sí; así discurren aquellos que, empezando por las campanas hasta llegar á los cimientos, quieren destruir nuestro santo templo; pues ¿cuándo reinó más audaz la agresión, más acerba la hostilidad, más despótica la intolerancia que en el siglo que lleva por pompa vana en sus banderas *filantropía, tolerancia, libertad y derechos del hombre*? — ¿Cuándo con más razón podrían exclamar los religiosos católicos, con alusión á sus contrarios, *amargos, amargos, hasta que tornaron en hiel la más pura gota de la sangre de mi corazón*?»

Estas campanas que tanto molestan al ciudadano ilustrado, son para el pobre, que tan bien las comprende, su lazo espiritual con el mundo; son su consuelo, su guía, su avisador, su calefario y su reloj; son la voz que les habla y que siempre les dice algo, porque ellas son el conducto por el que comunica la Iglesia con sus hijos, sobre todo con aquellos que, faltos de tiempo, de recursos y de otras comunicaciones, están ignorantes del curso del tiempo y desviados del de los eventos.

Ellas les dicen que hay quien vele sobre ellos, y que no están solos ni desvalidos. Les dicen que acudan allí á orar con sus hermanos, según instituyó nuestro Salvador, la oración en comunidad; les dicen que santifiquen allí el vínculo que da honor y posición á la compañera que aman; tranquilidad á su corazón y á su conciencia; estabilidad y respeto á sus amores; puesto y personalidad á sus hijos, formando así «el lazo de la familia», tan santo como dulce, tan necesario á la vejez, tan útil á la juventud. Les dicen que allá vayan para hacer entrar á sus hijos en el gremio de la Iglesia y en la comunidad humana, dándoles legítimamente el nombre á que su sangre les da derecho, y que no pueden negarles sin hacerse reos de infanticidio moral, y les dicen que allí acudan si á la hora de la muerte desean consuelo para sus almas y sepultura para sus cuerpos.

Ellas les advierten al alba que ya es la hora del trabajo y de la oración, esas dos vías por las que sin tropiezo se llega de esta vida pasajera á la bienaventuranza eterna. Les anuncian las festividades con anticipación, y cada festividad es una enseñanza; anuncian á medio día las vísperas del siguiente, y con ellas la hora de descansar el trabajador; al caer el día tocan la oración en que, al saludar á la «Madre de Dios», da de mano á su tarea. Les amonestan para que antes de entregarse al sueño y al descanso oren, á fin de que lo obtengan eterno el hermano conocido ó desconocido que sucumbió. Les convidan á celebrar el bautismo de un recién nacido, así como á alegrarse del tránsito de un alma que al cielo sube sin haber perdido su pureza. Marcan el curso

1 Saludo de los Trapenses.

2 Conté, pesé, segregué.

3 Goethe, Torcuato Tasso. — Traslado al discurso de Mr. Quinet en las Cámaras belgas.

del tiempo, publicando (así como de la vida del hombre lo hacen) la hora que concluyó y la que comienza. Entonces el olvidado mundano exclama: «¡Pasó esta hora! Aprovechemos la que la sigue: *el tiempo es un capital*». — Y el pueblo fiel, según le número de los toques, reza: ocho, diez,

Once mil veces te alabo,
Y otras tantas te bendigo,
Y otras tantas me arrepiento,
Señor, de haberte ofendido.

Anuncian con poderosa y azorada voz la alarma para convocar á todos al socorro. Toca cinco graves campanadas, y el filósofo ilustrado dice: «¡Una agonía!... ¡qué tristeza, qué angustia! ¡qué oportunidad! ¡esto se debía prohibir!» — Pero el bueno y cristiano pueblo dice: «Toca á buena muerte. ¡Dios se la dé.» Y reza el *Credo*.

Avisan que va á salir Dios, y el ilustrado descreído da un rodeo para evitar su encuentro, que le obligaría á descubrir su cabeza, y el pobre y cristiano pueblo se arrodilla, y sin conocer la voz *filantropía* reza por su hermano, concluyendo con esta hermosa jaculatoria:

¡En gracia te reciba
El alma que te desea!

¿Por qué, pues, y con qué derecho privaría, el que se denomina *filántropo é ilustrado*, al pueblo de sus santas misioneras, que algo mejor que sus doctrinas inculcan en él la ilustración y la filantropía verdaderas? ¿Con qué derecho, por qué razones mandaría callar y prohibiría esas saetas, esos avisos, esas llamadas, esos consuelos que esparcen desde su elevada altura, y que de tan pura atmósfera descienden á la nuestra?

¡No! ¡No enmudezcas, dulce y poderosa voz que nos unes, nos enseñas, despiertas nuestra memoria, que nos consuelas en nuestras penas, nos acompañas en nuestras soledades y nos amparas en nuestros desamparos! ¿Conque la civilización, que no puede hacer callar el mortífero estallido del cañón, haría enmudecer tu santa y consoladora voz? ¡No, no! Si hay una fuerza vigorosa y razones de conveniencia social que conservan aquéllos, hay un suave pero inderrocable poder moral que hace respetar esa voz de paz y de misericordia, con la que la Iglesia, esto es, la Religión de Cristo llama á sus hijos. Y así, á imitación del cristiano filósofo Saint-Martin: que clamaba á Dios: «¡Padre! ¡Padre! Tantas veces te diré Padre hasta que me respondas: ¡Hijo!» — digamos nosotros á nuestra Santa Madre la Iglesia: «¡Madre! ¡Madre! llámanos por la voz de tus campanas, y dinos tantas veces: ¡Hijos! ¡Hijos! hasta que te respondamos todos: ¡Madre!»

¿No tenéis en vuestro pueblo una campana que á la caída de la tarde os recuerda y llama á la oración? ¿No la habéis oído desde pequeños en las faldas de vuestras madres? Y cuando os habéis alejado del querido hogar de la casa paterna, ¿no habéis oído el eco suyo resonar en vuestro corazón? ¿No está el recuerdo de aquella dulce voz entretejido con el de vuestros padres, el de vuestra infancia y de vuestro país natal?

Hablo con los que tienen padres, á quienes man y honran, patria á quien quieren con entusiasmo y corazón que guarde recuerdos, como del sol los conserva el cielo en sus estrellas.

Recordad aquella voz inmutable como la de la conciencia que se esparce y suena lo mismo por el

tranquilo ambiente de una tarde de verano que por entre los muridos del temporal de una tarde de invierno: ¿acaso no os dice nada? ¿Acaso esa voz que entre el bullicio alegre que bulle á sus pies es grave, y entre el estrépito amenazador es serena, y ajena siempre á toda influencia inferior, no arrastra vuestra alma á su intangible atmósfera?

Cuando se ausenta el día, y en pos de sí deja el crepúsculo, en esa hora en que ya no deslumbra el sol la vista, y aun no la entorpece la oscuridad, suena en mi pueblo una campana. Pertenece á una capilla, y su toque sonoro y claro llama cada día, hace siglos, á concurrir al rosario, ese himno popular á la Virgen, simbolizado en una corona de rosas, de las que canta el devoto y poético pueblo:

RECUERDOS DE TIERRA SANTA.



VISTA DE JERUSALEN POR LA PUERTA DE LOS PEREGRINOS.

¿Dónde está nuestro padre Domingo?
Sus hijos llorosos le van á buscar,
Y le hallaron en el paraíso
Cogiendo las rosas del santo rosal.

Han pasado por el pueblo tiempos calamitosos y tiempos felices; y la campana, sin alterarse ni modificar su sonido, ha seguido llamando inalterablemente cada noche á la oración.

Han entrado en el pueblo enemigos y conquistadores; han imperado contrarios del culto; ha visto á muchas de sus compañeras enmudecer, y á otras bajadas de sus altos puestos y convertidas en monedas de poco valor; pero nada la ha arredrado ni la ha hecho desmayar, y cada noche ha vuelto con santa constancia á levantar su voz y á reunir á los fieles.

El oír su llamada querida es ya un hábito de mi corazón, cuyas angustias tantas veces ha calmado, á punto de equilibrar en mi recuerdo las dulzuras del

consuelo con las amarguras de la angustia; y si llegase á faltar su elocuente voz, dejaría para mí, como para otros muchos moradores del pueblo, un vacío en el alma, como lo dejaría la muerte de una persona querida.

No siempre han expresado para mí aquellos sonidos lo mismo, sino que en cada situación de mi vida me han dicho una cosa diferente, aunque todas análogas.

¡Cuántas veces, pensativa al ver desaparecer la luz del día, y aguardando la que encienden los hombres, formando un día facticio, sin rocío, sin arreboles y sin cantos de pájaros, frío y eventual como todo lo que es artificial, he oído á la campana, con melancolía y consuelo á la vez, recapacitando y resintiéndolo las pasadas emociones que me ha causado!

Cuando la oía de niña, es decir, en aquella edad en la que estarse quieta es una sujeción y el moverse es una necesidad, en aquella época decía la campana con la misma voz grave que usaba mi maestra: *¡Venid á rezar, venid á rezar!* — Ya van, pensaba yo entonces, las buenas viejecitas á rezar el rosario. — Esto pensaba, porque siempre que me había llevado allí mi ama había visto á una anciana pobre, tan aseada, tan devota y tan serena que se había captado mis infantiles simpatías por ese temprano instinto que lleva á los niños á presentir, más bien que no á discernir, lo bueno y lo malo.

Algunos años después, cuando adornaba mi cabeza y entretejía mis pensamientos con flores, y cuando deshojaba una margarita profetisa diciendo en queda voz, al arrancar la hoja: *¿Vendrá?... ¿vendrá tarde?... ¿no vendrá?* oía la campana que entonces decía: *¡Ven acá, ven acá!* y ya concebía yo que aquella llamada que no hacía latir el corazón prometía más estable dicha que otra alguna. ¡Tan cierto es que la felicidad es triste, porque le es adherente el presentimiento de su instabilidad!

Tu día vral. Le bonheur, amie, est chose grave:
Il vent des coeurs de bronce, et lentement s'y grave,
Le plaisir l'effarouche en lui jetant des fleurs,
Son sourire est moins près du rire que des pleurs.

Dices bien. La felicidad es cosa grave: quiere corazones de bronce en que lentamente grabarse. La alegría la retrae al arrojarle flores, y su sonrisa está más cercana del llanto que de la risa. Entonces no sabía definir, ni menos formular con voces, lo que sentía, y mi corazón, cual el eco, repetía las de los poetas que á él llegaban.

¡Poco después fuí feliz... como á pocos es dado el serlo! Rodeada de todos los objetos de los más santos amores, oía con delicia la campana, que entonces me decía: *¡Da gracias á Dios, da gracias á Dios!*... y yo se las daba, porque siempre res-

pondía mi corazón á su llamada.

Pero en breve se realizaron los presentimientos que, cual invisibles é impalpables alas, consigo trae la felicidad.

Llegó un día negro como la noche, angustioso como la duda, triste como una despedida, en el que, en lugar de objetos de mi cariño, me ví rodeada de sepulturas; ¡estaba sola y desesperada!

Entonces... cuando el sol se llevaba tras sí la alegría del cielo, como la muerte se había llevado tras sí la alegría de mi corazón... sonaba dulce y consoladora la campana y me decía: *¡No estás sola, no, no estás sola!* y al oírlo, el grito se hacía lamento y el sollozo suspiro. Recordaba á la buena y paciente anciana que seguía concurriendo al rosario en la capilla, y repetía con alusión á ella esta estrofa de una composición de Mr. de Valmore titulada *La Mendiga*:



GALERÍA LLAMADA DE VICTOR MANUEL EN MILÁN.

Toi que l'on plaint, toi que j'envie,
 Pauvre errante de nos hameaux;
 Toi qui n'attends plus des mortels
 Ni ton bonheur ni ta souffrance.
 Oh! Donne moi tes cheveux blancs,
 Ta marche pesante et courbée,
 Ta mémoire en fin absorbée,
 Qui dort comme tes pas tremblants.

¡Tú á quien compadecen, y que yo envidio, pobre transeunte de nuestras aldeas!... ¡Tú, que no esperas de los mortales ni tu felicidad ni tu desgracia, y cuya última esperanza se halla al pie del altar! ¡Dame tus canos cabellos, tu lento y penoso andar, y tu memoria absorta, que está inerte como tus pasos!

Cuando sobre mí cayeron las desgracias, se encarnizó la suerte y se cebó la cruel ingratitud; cuando la realidad no tenía alivio ni la esperanza promesas; cuando en la lucha sucumbía mi ánimo, tu pura y consoladora voz me decía: *¡Aquí hay amparo, aquí hay consuelo!*, y yo te creía.

Persuadíome la amistad á ausentarme de mi patria para aliviar mis males y distraer mi mente; pero mi dolor lo llevé conmigo; y cuando lloraba por mi país, mi sol, mis amigos y mis altares, oía la suave y lejana voz de la campana de mi pueblo, que me decía: *¡Vuelve acá, vuelve acá!*, y yo le contestaba: *¡Voy!*

Cuando embarcada y entregada la frágil embarcación al furor de las olas del viento se echaba ya de un lado, ya del otro, como un enfermo en un paroxismo de ardiente fiebre, temiendo yo que se rindiese por faltarle las fuerzas para seguir luchando; cuando el viento gemía entre las jarcias sus lúgubres quejas; cuando las olas asaltaban la nave y se retiraban para volver con más fuerza al través de su estrépito fúnebre y aterrador, cerraba mis ojos y mis oídos, buscando mi mente una ánora de salvación y de esperanza, entonces oía la campana que me decía: *¡Vuelve acá, vuelve acá!* *¡Aquí hay calma, aquí hay seguridad!* Sí, dulce y serena campana; ¡tú me prometías doble puerto seguro!... y yo recordaba á la anciana pordiosera que, sin alejarse nunca de tí, tan sosegada hacia la peregrinación del mortal.

Volví á mi pueblo, y me apresuré en acudir á la llamada que de tan lejos había oído.

Allí estaba la anciana agobiada por los años, pero siempre puntual y fiel. Yo sollozaba, y ví que también ella estaba llorando. Las lágrimas atraen entre sí á los que las vierten; me acerqué á ella, y como el amor es la causa más general y plausible del llanto, le pregunté si había perdido alguna persona querida.

— Sí, he perdido á mi «santo bienhechor», — me contestó — y vengo á rogar á Dios por él.

— Hago lo que hacéis vos — repuse; — lloro y ruego por mi padre, que era también mi bienhechor; ¿quién era el vuestro?

La anciana alzó sus apagados ojos al altar y... nombró á mi padre.

¡Aquella campana nos había llamado á ambas á cumplir tan santo deber!

¡Gracias, gracias, mi benéfica amiga; gracias por los consuelos con que tu pura y santa voz ha llenado mi vida!

Sigue, sigue esparciendo esos sonidos, á los que Dios dotó de tanto poder y de tanta atracción, que á nadie son extraños y á pocos dejan de ser simpáticos, como lo son el consuelo, como lo es la hermandad, como lo es la llamada al bien. No temas no ser oída, que yo te he oído á muchos cientos de leguas con el oído del corazón. Tu recuerdo ha sido para mí como una sonrisa, ya placentera, ya melancólica, y que siempre me recordaba á Dios. «¡Recordad á Dios, recordad á Dios!» esto mismo dijiste á las pasadas generaciones, esto mismo dirás á las venideras, porque tu voz es imperecedera y tus consuelos son eternos. ¡Oh! Que no llegue nunca á destronarte una mano profana y sacrilega, pues tu santa misión es la de llamar y reunir á tu grey, no para conspirar, divertirse, negociar, ni desvanecerse, sino para «orar», santo deber que puede hallar indiferentes, pero no se concibe que halle contrarios.

¡Campana piadosa, reclamo de la Iglesia de Cristo, voz de la confederación cristiana, único poder que no de palabra, sino de hecho, nos haces, no iguales, sino más que iguales, esto es, hermanos! No dejes, no, de convocar las ovejas al redil; no te retraiga la fría atmósfera que en el día aquí te circunda, puesto que existen innumerables corazones ardientes y fervorosos cuyo calor abrigue tus puras voces, cuya adhesión y profundo amor al culto de que formas parte al proclamarlo les sirve de distintivo, de dicha, de virtud, de lauro, de galardón y de magnífica é incontestable denominación, que es la de... «fieles!»

¡Madre! ¡Madre! Amonéstanos por la voz de tus campanas á perseverar en serlo, y dinos tantas veces: ¡Hijos! ¡Hijos! hasta que te respondamos todos: — ¡Madre!

FERNÁN CABAILLERO.

EL CÓLERA

DECLARADO el cólera en Francia, y ante la contingencia de que se propague, es de gran interés dar publicidad á las instrucciones para la preservación y curación desde los primeros síntomas de la enfermedad, á fin de evitar sus efectos, y al propio tiempo llevar á las familias estos conocimientos de indiscutible necesidad si desgraciadamente se extendiese á España la epidemia, contra lo que es de esperar por las precauciones que al efecto se han tomado con gran previsión.

«No hay duda, dice la Academia, que el cólera es una enfermedad que aterra, tanto por la energía con que á veces invade, como por lo superior que suele hacerse, una vez confirmado su desarrollo hasta su último término, á los remedios mejor indicados, y aun por el número de individuos á que acomete; pero no es menos cierto que el de las víctimas disminuirá considerablemente si no se desoyen, como sucede por desgracia, los saludables consejos de la ciencia, y si á los primeros síntomas se saliese al encuentro de la enfermedad con el uso prudente y racional de ciertos medios de sencilla aplicación, pero de indisputable eficacia, poniéndose en seguida bajo la entendida dirección del médico.

«No es, no, el cólera un enemigo tan temible como generalmente se cree cuando las poblaciones, lo mismo que los individuos en particular, no se dejan sorprender. Si entregados al abandono y al olvido más completo de las reglas higiénicas la enfermedad les acomete, entonces sí que son, en efecto, espantosos sus estragos. La historia del curso de la epidemia en todas las épocas y países en que ha reinado, es el mejor comprobante de lo que se acaba de anunciar.»

La Real Academia de Medicina considera que la observancia de una buena higiene es la única garantía contra el cólera, y recomienda al efecto la observancia de las siguientes reglas:

Debe procurarse que las casas, tanto exterior como interiormente, se hallen en el mejor estado de limpieza, procurando evitar la acumulación de basuras, desperdicios de legumbres, frutas, restos de comida, etc.; barrer los suelos, ventilar las alcobas y cuartos interiores, escaleras, pasillos y desvanes; proporcionar libre salida al humo y á los vapores que en las cocinas produce la preparación de las comidas; hacer que no se detengan las aguas inmundas; verter lo más pronto posible las que han servido para fregar y lavar; y limpiar, á ser posible, diariamente las letrinas echando agua de cal.

Ha de facilitarse la ventilación en las habitaciones y la pureza de aire por medio de fumigaciones, especialmente cuando haya algún enfermo ú ocurriese algún fallecimiento.

Las fumigaciones pueden hacerse poniendo en una taza ácido nítrico (agua fuerte) con un pedazo ó moneda de cobre.

El abrigo es otro de los cuidados que deben tenerse muy presentes, porque su abandono suele dar funestos resultados. El ir muy abrigado como el andar muy ligero de ropas, presenta inconvenientes que en todas ocasiones deben evitarse, y mucho más en época de epidemia.

El vientre, sobre todo, debe llevarse preservado con una faja, pues la acción del aire y del frío sobre esta parte del cuerpo es más perjudicial que en las demás por la facilidad con que le destempera y ocasiona dolores, diarreas, etc. Los pies exigen también especial cuidado con respecto al cólera y estaciones frías: de aquí la necesidad de ir bien calzado á fin de evitar la acción del frío y de la humedad.

En cuanto á los alimentos, todas las precauciones son pocas si se consideran las fatales consecuencias que de los extravíos en su uso pueden sobrevenir. El buen régimen alimenticio es, sin duda alguna, el mejor preservativo del cólera; así, pues, los alimentos serán de buena calidad y en cantidad proporcionada á las necesidades del individuo, según su edad, oficio, estado de salud, etc., evitando todo exceso en más ó en menos.

Conviene abstenerse de legumbres y ensaladas crudas. Las frutas en general son nocivas, principalmente las ácidas y las que no están en sazón ó por verdes ó por pasadas, y en todo caso deben comerse en corta cantidad.

Es peligroso hacer uso del melón y la sandía, así como de pepinos, de los higos llamados melares, tomates, cebollas, pimientos y calabazas. Los con-

dimentos fuertes deben proscribirse. Es de rigor renunciar á la perniciosa costumbre que algunos tienen de desayunarse con frutas y otras sustancias frías y de digestión difícil.

Con las bebidas hay que tener también mucho cuidado; el agua pura de fuente es la mejor, no usándola nunca con exceso. El abuso del vino y de los espíritus es muy perjudicial; pero el que tenga costumbre de beber un poco de vino á las comidas no debe dejarla. Es expuesto el uso de los helados.

Conviene hacer ejercicio, pero sin llegar á cansarse ni menos experimentar fatiga, porque esto es tan perjudicial como la quietud demasiado prolongada. Después de comer no deben practicarse ejercicios muy activos, ni ponerse á la mesa al concluir de hacer éstos. Por regla general, el ejercicio debe ser moderado, alternando el del cuerpo con el del espíritu.

El descanso es tan necesario como el alimento, y el sueño es el que mejor restaura las fuerzas. No conviene, pues, acostarse tarde, dormir poco, ni levantarse muy temprano.

El influjo fatal de las pasiones nunca es más notable que en tiempo de epidemia; por lo tanto, se ha de procurar que el espíritu se halle tranquilo. Pero lo que á toda costa debe evitarse es el miedo, porque predispone mucho á la enfermedad, produciendo inapetencia, malas digestiones, tristeza y abatimiento. No hay motivo para temer tanto el cólera; pues cuando se ha observado un buen régimen de vida y se acude con tiempo á remediarlo, es una enfermedad de la que la ciencia triunfa en el mayor número de casos con los medios eficaces y bien experimentados de que dispone.

Tal es el régimen de vida que debe observarse siempre para conservar la salud; pero muy esencialmente mientras dura la epidemia. Excusado es decir que los enfermos, los achacosos, los ancianos y personas delicadas han de redoblar sus cuidados en semejantes circunstancias, correspondiendo al médico disponer los que para cada uno en particular puedan ser necesarios.

Unas veces anuncia la enfermedad una sensación de cansancio y de quebrantamiento de los miembros como si se hubiese hecho un ejercicio violento, pesadez de cabeza, desvanecimiento ó mareos y molestia en la boca del estómago ú opresión, y en otras ocasiones empieza el mal con ruido de tripas, dolores de vientre y diarrea, aunque ésta puede existir sin que haya dolores.

Estos síntomas pueden presentarse sin que les siga inevitablemente el cólera; pero se debe procurar combatirlos á todo trance, porque por lo menos son muy sospechosos. Al efecto convendrá ponerse á dieta, hacer uso de las infusiones de flor de tilo, manzanilla, té ó salvia, beber á cortadillos el cocimiento de arroz con un poco de goma arábiga templado; ponerse lavativas pequeñas del mismo cocimiento, ó simplemente de agua natural con almidón, y sobre todo meterse en cama caliente, procurando sudar con el auxilio de dichas infusiones, de abrigos y de caloríferos.

Si los síntomas indicados no ceden ó se agravan, el enfermo debe ser trasladado á un hospital inmediatamente si no puede permanecer en su casa, y en otro caso se debe llamar al médico, continuando entre tanto con el uso de los mismos auxilios.

Si mientras el médico llega la diarrea se presenta sin olor y bajo la forma de un cocimiento de arroz, observándose en ella unos grumos blanquecinos; si aparecen vómitos de la misma naturaleza, aumenta la sed, se disminuyen las orinas ó se suspenden por completo; si el enfermo siente una presión y una angustia inexplicable en la boca del estómago, calambres en las piernas ó en los brazos, y al mismo tiempo la piel se enfría y el semblante se altera, hé aquí lo que conviene hacer:

Remedios que deben ponerse en práctica mientras llega el médico. — Convencida la Academia de que la oportunidad de los auxilios es una de las cosas más importantes en la curación del cólera, y persuadida por otra parte de que la administración de ciertos remedios por manos inexpertas, y en momentos de aflicción é intranquilidad de espíritu, es ó puede ser, por razones fáciles de apreciar, tanto ó más perjudicial que la enfermedad que con ellos se trata de combatir, reprueba completamente esa multitud que la sencillez, la ignorancia, la mala fe y la codicia proponen y elogian todos los días y por todos los medios que se hallan á su alcance. La Academia haría traición á su propia conciencia si autorizase con su silencio la más monstruosa de las especulaciones.

Las familias, sin embargo, han de estar prevenidas, y tan pronto como cualquier individuo sienta alguna indisposición, por ligera que sea, deberá tratar de remediarla. La diarrea especialmente no debe

mirarse con indiferencia; pues este síntoma, que en otras ocasiones podrá significar muy poco, cuando reina el cólera en la población es de la mayor importancia.

Como podría suceder que aquellas personas que no han visto enfermos del cólera cayesen en uno de dos extremos igualmente perjudiciales, el de alarmarse sin motivo ó el de no hacer caso de los primeros síntomas de la enfermedad, perdiendo así un tiempo precioso, conviene saber que el cólera rara vez se declara de un modo repentino, pues casi siempre va precedido de ciertos síntomas más ó menos intensos y numerosos, y más ó menos constantes.

Se procurará dar calor al enfermo abrigándole bien, poniéndole caloríferos, botellas de agua caliente, ladrillos, saquillos llenos de salvado ó de arena también caliente: se le frotarán los miembros (sin descubrirle) con un cepillo ó con un pedazo de paño ó franela caliente y seca, ó bien empapada en aguardiente simple ó alcanforado, y se le aplicarán sinapismos en las piernas, brazos y boca del estómago. Si acabase de comer, convendrá favorecer la salida de las sustancias no digeridas dándole á beber tazas de agua tibia sola ó con aceite.

La acción de dichos medios se favorecerá obligando al enfermo á tomar cada media hora, ó tres cuartos de hora lo más, tazas de infusiones bien calientes de melisa, flor de tila, té ligero ó agua azucarada si no hubiere á mano otra cosa, añadiendo á cada taza una cucharada regular de ron ó de aguardiente anisado para los hombres, y pequeña para las mujeres y niños. Si vomitara las aguas, se le darán solamente, y con frecuencia, pedacitos de hielo.

Como el fin de tales auxilios es hacer que el enfermo éntre en calor y que se sostenga y vigorice la circulación, es preciso insistir en ellos hasta que llegue el facultativo.

EL AHIJADO DEL MINISTRO

(Conclusión.)

—¿No has ido en casa del señor de Contreras?— continuó Roldán, que buscaba un pretexto de reprensión.

—No me ha quedado tiempo.

—En lugar de haber ido en casa del fundidor á buscar esas piezas que traes en el saco que para nada necesitamos hoy, podías...

—No son piezas de fundición, maestro— interrumpió Julián sonriendo. —Son una porción de libros muy delgaditos, unos cuadernos impresos que me ha dado el marqués para usted.

—Pues algún folleto contra el conde-duque— exclamó el secretario.

—Justamente acaba de llegar de Cataluña, y el marqués me ha dicho que los diera á usted para que los repartiese entre los amigos... como otras veces.

Las risotadas del intendente y sus compañeros redoblaron; pero esta vez Roldán se había quedado pálido de cólera y de miedo.

—Eso es una calumnia— exclamó por fin— tú mientes, bellaco; yo nunca he repartido...

—¿Como que yo miento!— gritó Julián— que lo digan todos los del taller...

—¿Callarás, Julián?

—Callaré, pero no hay que llamarme embustero ni bellaco.

—Sí, embustero y bellaco; y en prueba de ello, ahora mismo te vas á la calle.

—¡Yo!

—Tú, al momento desocupa la tienda; no quiero en mi casa gentes que hablan mal del conde-duque, á quien respeto y venero, y por quien daría mi vida si fuese preciso.

Roldán no sabía lo que se decía; tal era el sofoco que había tomado; abrió la vidriera, y le mostró á Julián la calle. Este, que se había quedado inmóvil, quiso explicarse; pero el platero no le dió tiempo y le mandó salir, diciendo que si se presentaba en la tienda otra vez lo recibiría con la tranca que servía de noche para cerrar la puerta. Después de algunas tentativas infructuosas para apaciguarlo, Julián perdió á su vez la paciencia y exclamó:

—Enhorabuena; me voy porque veo que se ha vuelto usted loco.

—Toma lo que te debo— continuó Roldán buscando algunas monedas en el cajón.

—Se lo regalo á usted.

—Tómalo, que no quiero que vuelvas.

—¡Venir después que me ha tratado usted de un modo tan inicuo!... Sería preciso no tener vergüenza. Esté usted tranquilo, que no me verá más.

—Eso precisamente es lo que yo quiero.

—Pues eso será; yo no cambio la casaca tan fá-

cilmente; no soy hoy partidario de la Reina y mañana del conde-duque.

—¿Concluyes?

—Al instante; me llevo el saco de los folletos para devolverlos al marqués, puesto que usted no los quiere en su casa.

Roldán alzó el puño enseñándole á Julián en señal de amenaza; pero éste se encogió de hombros desdeñosamente, tomó el paquete bajo del brazo y se echó fuera de la tienda.

Por espacio de algún tiempo anduvo sin saber por dónde, y sin pensar en otra cosa que en la injusticia y la tontería del platero; pero insensiblemente su irritación se calmó y á la cólera sucedió la tristeza. El que lo hubiese despedido del taller le importaba poco, porque en cualquiera parte lo recibirían; pero la enemistad con el tío de Juana destruía para siempre todas sus esperanzas de casamiento, y éste era su principal desconsuelo. El joven obrero sintió tan oprimido el corazón con esta idea, que no pudo continuar andando; y como se hallaba en una calle solitaria se sentó en el escalón de una puerta y quedó por algún tiempo sumergido en reflexiones, con la cabeza entre sus manos; entonces reparó en el paquete de los folletos que tenía á los pies, y no pudo contener un movimiento de despecho.

—Maldito sea el conde duque—dijo para sí—que es quien tiene la culpa de todo; sin él no se hubiera enfadado mi maestro, yo sería aún su primer aprendiz, y quién sabe si algún día me hubiese casado con Juana.

Estas ideas aumentaban su odio al primer ministro; maquinalmente desató el paquete y se puso á examinar los papeles que contenía, y vió que eran la enumeración de las pérdidas que había tenido el reino durante su administración, una sátira contra la condesa su esposa, en que se aludía al galanteo del duque de Buckingham, y una biografía burlesca del conde-duque.

Julián recorrió los primeros párrafos con la vista distraídamente, pero de pronto lanzó un grito de sorpresa. Acababa de leer el siguiente párrafo en la página primera:

«Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y duque de Sanlúcar, nació en Roma en el palacio que ocupaba su padre, embajador cerca de Sixto V, cuyo palacio se había erigido en el mismo sitio y sobre las ruinas del de Nerón. A los diecisiete años vino á estudiar á la universidad de Salamanca, y en esta ciudad residió algunos años conocido sólo por el nombre de familia y no por el título, pues aún vivía su padre, de quien lo heredó después.»

El joven obrero leyó tres veces el párrafo con una palpitación y una angustia difícil de explicar. Los nombres, las fachas y los lugares no podían dejarle duda de que el don Gaspar de que se hacía mérito en el folleto era el mismo que lo tuvo en la pila de bautismo; por consiguiente, Julián era ahijado del ministro.

Su primer movimiento fué de sorpresa; pero después degeneró en alegría. Se levantó del asiento y repetía á voces riendo: «El conde-duque es mi padrino! el conde-duque es mi padrino!

Dejando todos los folletos en el suelo menos el que acababa de darle tan lisonjeras noticias, volvió atrás con ánimo de comunicar á Roldán y á su sobrina tan lisonjera noticia; pero luego reflexionó que el maestro podría no escucharle, no darle crédito y rechazarlo de nuevo á la calle, humillación que su parentesco espiritual con el favorito le haría esta vez más difícil de soportar. Lo más importante también era hacer valer sus derechos, y una vez obtenida la protección de su padrino, no tenía por qué dudar de la buena voluntad del Sr. Roldán, siempre amigo de los poderosos. En consecuencia de estas reflexiones cambió de resolución y se fué derecho á su casa á buscar la fe de bautismo, para con ella presentarse al conde-duque.

Cuando estuvo en ella preguntó por uno de sus paisanos, que se llamaba Pedro Salado, y que ejercía las importantes funciones de primer pinche de cocina del conde. Sus opiniones habían hecho á Julián descuidar la amistad de Pedro hacia muchos años, y así fué que apenas pudo éste reconocerlo cuando se le presentó. Sin embargo, después de los primeros saludos Pedro preguntó á Julián qué asunto lo llevaba por allí, á lo que éste contestó que quería hablar con el ministro. El cocinero creyó que su amigo se había vuelto loco; pero sin explicar el motivo, Julián insistió en que tenía necesidad de hablar al conde.

—¿Y te parece que bastará para eso hacerte anunciar?— le dijo irónicamente Salado.

—Ya sé que no— contestó Julián— pero cuento con que tú me indicarás los medios de llegar hasta su excelencia.

—¿Los medios? No hay más medio que una audiencia.

—Vaya; veo, Pedro, que no eres mi amigo; te pido que me ayudes, y me contestas con bromas.

—No tengo otra cosa que contestarte— replicó Salado.

—¿Cómo! ¿Es imposible ver al conde-duque?

—Imposible. Yo mismo que te estoy hablando, y que soy uno de los funcionarios más importantes de su excelencia, no le hablo nunca.

—¿De veras?

—Toma si de veras; digo, yo que estoy como ves especialmente encargado de la confección de su chocolate, porque nadie más que yo sabe darle gusto en este artículo.

—¿Ese es el chocolate para el conde?— dijo Julián mirando una chocolatera de plata puesta á la lumbre en una hornilla.

—En seguida que esté— continuó Salado— lo echaré en esa jícara de china, llamaré á uno de los lacayos y lo subirá por esa escalera que da á la antecámara; allí lo tomará otro criado, que será el que lo entrará á su excelencia.

—¿Este sólo es el que puede entrar en su gabinete?

—El único; los demás cada uno en nuestros puestos... Pero espera, que ha sonado la campanilla...

Pedro se apresuró á echar el chocolate en la jícara, que colocó en un plato con todos sus accesorios indispensables, y entró en una pieza inmediata á buscar una servilleta de tela de Flandes con las armas del conde-duque.

Esta ausencia inspiró á Julián una resolución súbita, que ejecutó sin tardanza. Se dirige corriendo á la pieza en donde había entrado el ayudante de cocina, tuerce la llave y lo deja encerrado, agarra el chocolate, sube la escalera, pasa algunos corredores y otras piezas, se encuentra con una mampara de damasco, la abre, entra y se halla frente á frente con el primer ministro, que acababa de escribir una carta. Este alzó la cabeza al ruido y se quedó mirando, sorprendido de ver un desconocido.

—¿Qué significa esto? ¿Qué viene usted á hacer aquí? ¿Qué quiere usted?

—¿Sois vos su excelencia?— dijo Núñez poniendo el plato sobre la mesa del ministro... —Pues entonces no tengo nada que temer... Buenas tardes, padrino.

El conde-duque, asustado figurándose otra cosa, se dirigió á tirar del cordón de su campanilla.

—Vos no me conocéis, señor— continuó el obrero riendo— no lo extraño, apenas tenía quince días cuando me visteis la última vez en 1614.

—¿Cómo en 1614!—repitió el ministro.—¿Quién es usted?

—¿No lo habéis adivinado?... Soy Julián, el hijo de Núñez, en cuya casa estuvo su excelencia alojado cuando era estudiante en Salamanca; entonces nació yo y vuestra merced me tuvo en la pila.

—En efecto, me parece que recuerdo una cosa parecida...

—Sí, señor; sí, soy yo, yo mismo; el hijo de la Antonia, que llamaban entonces *la perla salmantina*. Ahora mismo acabo de saber que sois vos don Gaspar de Guzmán, y al momento he venido á saludaros. Estáis bueno, ¿no es verdad?

Por imprevisto que fuese el conocimiento, había en los modales de Julián un aplomo y una alegría que no desagradó al conde; éste le preguntó cómo había hecho el descubrimiento y en qué pruebas apoyaba cuanto acababa de decir. Julián le presentó entonces los papeles que llevaba, y le refirió ingenuamente cuanto acababa de pasar.

—¿Estás contento— le dijo el conde— de haber encontrado á tu padrino?

—Ya lo creo; es un socorro del cielo; ¡si supierais la falta que me hacen vuestros auxilios!

—¿Cómo es eso? ¿Estás mal?

—¡Oh! Muy mal, padrino mío.

—¿Y has venido á verme esperando que yo te proteja?

—Pues es claro; he creído que vos, que habéis salvado varias veces la España, no tendríais dificultad en sacar de apuros á un pobre diablo.

Esta lisonja hizo sonreír al ministro; Julián, más animado, le confesó entonces sus proyectos de casamiento con la sobrina de Roldán y que éste lo había echado á la calle, pero ocultando la causa. Cuando concluyó, el conde le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Vamos, ten ánimo, que no se ha perdido todo.

—Bien decía yo, padrino, que me protegeríais.

—Por el pronto no quiero que vuelvas á la tienda.

—No volveré, no tengáis cuidado.

—Te quedarás aquí para sólo cuidar mi vajilla de plata.

—Yo la cuidaré, padrino.

—Solamente que no tendrás sueldo.

— No importa, padrino.
 — Es menester que te compres un vestido de Corte.
 — Me lo compraré.
 — Puedes tomar posesión cuando quieras de tu nuevo empleo.
 — Gracias, padrino.
 — Y como quiero probarte que me interesas, te voy a conceder un privilegio distinguido.
 — ¡Un privilegio!
 — Sí, el que puedas decir á todo el mundo que eres mi ahijado.

Julián miró al conde pensando que había entendido mal; pero éste le repitió su autorización, añadiendo que esperaba que se hiciese digno del favor que le dispensaba; en seguida lo despidió, encargándole que fuese al día siguiente á su audiencia con un traje conveniente.

Puede considerarse sin dificultad el desaliento de nuestro héroe cuando, hallándose solo en la calle, resumió todo lo que acababa de obtener y halló que el conde-duque le obligaba á emplear todo su tiempo á vivir, mantenerse y vestir á sus expensas, sin acordarle otra indemnización más que el título de ahijado.

— ¡Pardiez, las obligaciones contraídas por el Sr. de Guzmán no me parece que arruinarán al ministro — decía para sí el joven platero desconcertado. — Más me hubiera valido no saber nada y tratar de volver á casa del maestro Roldán ó á otra parte: no que ahora su excelencia me lo ha prohibido, y si mañana no me pongo á sus órdenes Dios sabe lo que podrá suceder. Más de cuatro han ido á la Inquisición con menos motivo... No hay remedio; tengo que resignarme á aceptar el favor de mi padrino.

Hablando así había llegado á su casa, donde aguardó el día siguiente triste y desconsolado.

Por la mañana Núñez se presentó en el palacio del conde-duque vestido de Corte completamente, gracias á un preboste que le pudo vender el traje de un pobre pretendiente que había concluido por arruinarse antes de alcanzar el empleo. Julián había gastado en esta compra una gran parte de sus ahorros, pero le consolaba algún tanto verse ataviado á lo gran señor. Cuando entró en la sala de espera todas las miradas se fijaron en él, y oyó que unos á otros los circunstantes se preguntaban su nombre. El intendente y el tesorero, que hablaban en el hueco de un balcón, lo miraron fijamente como si lo hubiesen querido reconocer; pero de pronto una voz grita:

— ¡Dios me perdone! ¡Es Núñez!

Julián volvió la cabeza, y se encontró de frente con el maestro Roldán.

— Es él — repitió el platero estupefacto — ¡y en traje de Corte! ¿Qué haces aquí, desgraciado?

— Ya lo ve usted: esperando á su excelencia — replicó Julián, esforzándose en aparentar cierto aire desdeñoso.

— Pero diga usted — añadió el intendente, que se había arrimado á ellos — ¿no es el aprendiz que echó usted ayer á la calle?

— ¡Un aprendiz de platero aquí! — exclamó el tesorero escandalizado. — ¿Quién le ha permitido entrar? ¿qué quiere del conde?

— ¡Eso es lo que vamos á saber! — interrumpió el intendente — porque hé aquí á su excelencia.

Olivares acababa de aparecer, en efecto, en la puerta de su gabinete, y todas las conversaciones cesaron. El primer ministro se adelantó saludando, y deteniéndose de tiempo en tiempo para escuchar alguna súplica ó recibir algún memorial; así llegó hasta el sitio donde estaba Julián, y se sonrió al verlo.

— ¡Ah! Estás ahí — le dijo dándole suavemente con el guante que llevaba en la mano — ¿y qué tal estás hoy, buena pesca?

— Perfectamente, padrino — contestó Julián.

Cualquiera hubiera dicho que encerraba esta palabra un poder mágico, porque apenas el joven obrero la hubo pronunciado cuando todos los cortesanos á la vez hicieron un movimiento y fijaron la vista en él murmurando en voz baja:

— Su padrino: ¡el conde-duque es su padrino!!!

Una especie de admiración envidiosa se veía pintada en todos los semblantes. El conde observó con el rabo del ojo este efecto, y apoyándose en el hombro del aprendiz de platero continuó dando la vuelta á la sala, dirigiéndole á cada instante palabras familiares y preguntándole con la sonrisa en los labios su opinión sobre las solicitudes que recibía. Julián, no sabiendo á punto fijo si debía tomar esta familiaridad por una expresión de interés ó de ironía, se contentaba con responder á todo: — «Sí, padrino...» — No, padrino... A vuestro gusto, padrino...» Y los cortesanos admiraban su reserva, que atribuían á profunda diplomacia.

En fin, la audiencia concluyó. Olivares dejó el hombro de su ahijado y se despidió, advirtiéndole que quería hablar con él después y que lo esperaba en su despacho.

Apénas había desaparecido, la multitud de pretendientes rodeó al joven obrero, disputándose plaza para saludarlo. Núñez no sabía cómo contestar á tanto cumplimiento como le dirigían, y se deshacía en cortesías y saludos; pero el intendente, que había dejado desahogarse á los más impacientes, cuando llegó su turno lo llevó aparte y le dijo:

— Felicito á usted, mi querido Núñez, por la fortuna que ha alcanzado.

Julián murmuró algunas frases de agradecimiento.

— Su excelencia parece que tiene á usted un gran afecto, y es claro que no negará á Ud. nada de lo que le pida.

— ¿Cree usted que no? — exclamó Julián, que pensó solicitar en seguida el permiso de volver á la tienda.

— Estoy seguro — continuó el comendador — y para probar á usted mi confianza en este punto, ruego á usted que le diga dos palabras en favor de mi sobrino, que solicita un regimiento.

— ¡Yo!

— ¡Oh! Como usted se interese, yo estoy seguro de que lo obtendrá.

— Por mi parte lo haré de buena gana.

— ¿Me lo promete usted?

— Es decir, yo veré...

— No se pide otra cosa — exclamó el intendente. — Crea usted que si la cosa sale á nuestro gusto no habrá usted dado con ingratos.

Al concluir estas palabras apretó la mano á Julián y desapareció. Al dejarlo, el aprendiz de Roldán tropezó con el tesorero, que lo cogió bruscamente por el brazo.

— Yo no tengo más que una palabra que decir á usted, amigo Núñez — murmuró al oído de Julián. — Mi hermano solicita la intendencia de la Habana; si la consigue, cuente usted con tres mil duros.

— ¡Tres mil duros! — exclamó Julián.

— ¿Le parece á usted poco?... pues bien, serán cinco mil.

— Veo que usted se equivoca respecto á mi influencia — interrumpió Núñez — no depende de mí el que su hermano de usted consiga ó no lo que desea.

— Entiendo — dijo el tesorero — le han hablado á usted ya los de Guevara.

— No sé lo que quiere usted decir.

— Le habrán ofrecido á usted más...

— Caballero, juro á usted...

— Bien, bien; yo me dirigiré á otra persona. No crea usted que porque es ahijado del conde-duque toda ha de ceder á su nuevo crédito. Lucharemos, pues, y veremos quién lleva el gato al agua.

Y el tesorero marchó sin esperar la respuesta de Julián.

Apenas había éste vuelto de su admiración, cuando fué introducido en el gabinete del ministro. Olivares se apercibió de su turbación y le preguntó la causa. El joven obrero contó al pie de la letra cuanto le acababa de suceder.

— Bravo, bravo — murmuró el conde — puesto que ellos quieren que tú los protejas, es necesario protegerlos.

— ¡Cómo! ¿Queréis que pretenda para ellos, padrino?

— No, nada de pretender; pero déjalos que crean que tienes crédito, porque el crédito vale dinero en la Corte.

— Es decir que vos queréis que reciba...

— Todo lo que te den, Julián; es preciso no rehusar nunca lo que nos dan de buena voluntad. Si tú no les pagas en buenos oficios, les pagarás en agradecimiento, y tanto vale.

Julián se retiró cada vez más admirado; pero no lo quedó menos á los tres días cuando recibió un saco con tres mil ducados y un billete dándole las gracias el intendente, cuyo sobrino había sido nombrado coronel. Aun no había concluido de contar la suma, cuando entró el tesorero dando resoplidos.

— No hay duda; usted lo domina — exclamó con un aire en que el mal humor se dejaba traslucir al través del respeto. — Los de Guevara se llevaron la plaza; yo he sido un necio en querer luchar contra su influencia de usted y he llevado el castigo. Aquí están los cinco mil duros prometidos á cuenta del primer negocio que nos ocurra, y para el que anticipadamente contamos con su protección.

Diciendo esto abrió la cartera y puso sobre la mesa media docena de letras giradas contra las principales casas de Cádiz y la Habana. Julián quiso rehusarlas, afirmando que era completamente extraño á todo lo que había pasado; pero el tesorero no consintió escucharlo.

— Bueno, bueno — exclamó tomando la puerta — es usted discreto; su excelencia le ha prohibido comprometerlo. Yo nadapido á usted, y creo todo lo que usted quiera; prométame no hablar mal de mí usted solamente á su padrino.

— En cuanto á eso yo se lo prometo á usted; pero...

— Basta, basta — respondió el tesorero — creo en su palabra de usted, Sr. Núñez; y si algún día necesita usted algunos miles de duros, yo tendré un placer en ser útil á tan recomendable caballero.

Y saludando desapareció.

Julián no dejó de referir todo al ministro, que fro-tándose las manos le mandó que guardase las sumas recibidas, que muy pronto aumentaron con nuevos presentes de los necios cortesanos. En vano el joven platero protestaba de su poco valimiento; nadie daba crédito á sus palabras, y atribuyendo á reserva su proceder, se disputaban la honra de su amistad; Julián no tardó en hacerse rico sin poder comprender la causa.

Por el contrario, durante este tiempo los negocios del maestro Roldán habían ido de mala data: no habiendo podido conseguir que lo nombrasen joyero de Palacio, perdió, por consecuencia de los pasos dados para lograrlo, toda la clientela de enemigos del ministro, y se halló sin uno y sin otro. En consecuencia atribuyó á la oposición de Julián el mal resultado de su solicitud y concibió un vivo resentimiento contra el aprendiz; pero era una de estas naturalezas fáciles ante quien tiene razón siempre el que triunfa; así fué que, viendo crecer el crédito supuesto de su antiguo dependiente, pasó poco á poco del odio á la admiración. Por último, una mañana se metió en su casa diciendo que no podía vivir más tiempo reñido con su querido discípulo y que iba á pedirle perdón de lo pasado. Julián aceptó sin dificultad una reconciliación que llenaba sus deseos. La prosperidad no había cambiado sus afecciones, y la primera condición fué que el proyecto de matrimonio con Juana había de realizarse. Roldán no deseaba otra cosa; le dió la mano de su sobrina y le abandonó el cuidado de su comercio.

Cuando Julián, rebotando de gozo, fué á presentar á Juana al conde duque, éste, tirándole de la oreja riendo, le dijo:

— Tú no esperabas esto cuando te concedí por todo favor el permiso de que dijese que eras mi ahijado.

— Es verdad — replicó Julián — estaba muy lejos de creer que todo lo debería á ese título.

— Es que tú no conoces los hombres — replicó Olivares — en la Corte, como ves, no medra nadie por lo que vale, sino por lo que parece.

SENTIMIENTOS DE UN ALMA CRISTIANA¹

¿Qué es la vida? Una ilusión
 Que no se ve realizada,
 Pues apenas comenzada
 Ya toca á su conclusión.
 En la vida, ¿qué será?
 Sólo sé que ayer nací
 Y mañana moriré.
 Pues estando convencida
 De que es tan breve la vida
 Y que ha de haber premio eterno,
 ¿Cómo no temo al infierno,
 Y así vivo descuidada,
 Cuando al fin de la jornada
 Lo que siembre cogeré?
 Yo quisiera convencer
 A todos cuantos adoro,
 De que vale más que el oro,
 Más que todo el mundo entero,
 Creer en Dios verdadero,
 Que nos tiene que juzgar;
 Pues en esto solamente
 Estriba la gran ventura,
 Y viendo que nada dura,
 Que la vida es un instante,
 ¿Cómo no amar fiel, constante,
 No ya á la vil criatura,
 Sino al que es todo dulzura,
 Al que es sólo Omnipotente?
 En Vos consiste, Señor,
 Que os ame como es debido,
 Pues yo de veras os pido
 Me concedáis vuestro amor.

FILOMENA A. DE ROBUSTER.

Peñaranda de Bracamonte (no tiene fecha).

¹ Accedemos con gusto al deseo del Sr. Robuster, que nos suplica la inserción de estos versos, escritos poco antes de morir por su buenísima esposa. No son versos de un literato, pero enternecen y edifican más como las palabras de una santa, al columbrar desde las puertas de la eternidad la nada de la vida.

EL PINTOR ZANOBI

(Conclusión.)

IV

POR último, resonó en el espacio el alegre repique de las campanas: entraron los frailes en procesión, subió al altar el celebrante, y Zanobi, absorbido por una deliciosa oración, olvidóse del mundo y de sí mismo.

Concluida la misa, el Prior, con la sonrisa en los labios, acercóse á él seguido de todos los franciscanos.

—¡Venid, padre mío!—balbuceó Zanobi con voz alterada por la fiebre que le devoraba.

Condujoles á la sala, donde se colocaron formando círculo delante del cuadro. Con un gesto febril arrancó Zanobi el lienzo que le cubría.

Aquello fué un transporte de admiración, un concierto de alabanzas verdaderamente sinceras y de exclamaciones de estupor...

Zanobi escuchaba con los ojos fijos en el suelo.

En esta ocasión Agnolo fué también el primero que tomó la palabra.

—¡Oh milagro!—exclamó.—Allí está nuestra madre viva, deslumbradora... ¡Dios te corone y á mí también!... Amigo Zanobi, ¡eres un santo! La Virgen de las vírgenes ha descendido del cielo para presentarse á tí... ¡Oh! Dios te perdone y á mí también; ¡has creado por medio de un sortilegio esta alhaja, de la que San Lucas Evangelista, que fué el pintor de María, debe estar celoso en el paraíso... ¡Ah! Dios te lleve á la gloria y á mí también.

Nadie respondió á estas palabras que, no obstante, expresaban el sentimiento general.

Adelantóse el Prior hacia Zanobi, abrióle los brazos, y arrojándose en ellos el pintor para abrazarle con efusión, ambos prorrumpieron en llanto.

Después, serenándose, se dieron la mano.

—Hijo mío—dijo el fraile con respeto—Dios ha sellado tu frente con el sello del genio... Tu obra es tal vez la más bella de cuantas existen en la tierra: tu ángel de la guarda ha guiado tu pincel... ¡Dichoso tú, que puedes consagrar á Dios los dones que te ha prodigado!

Zanobi nada respondía. Con los ojos fijos en un ángulo oscuro de la sala, parecía poseído de estupor; contemplaba ávidamente, fascinado, desvanecido, sumergido en el éxtasis... sonreía, sus facciones expresaban el arrobamiento, la completa felicidad.

Súbitamente, espantados los frailes, vieronle coger su paleta y sus pinceles, acercarse lentamente al cuadro, y en un abrir y cerrar de ojos borrar los contornos, las sombras y los modelados, cubriendo todo esto con una espesa capa blanca.

—¡Profanación, locura!—quiso exclamar el Prior.

Sus hermanos quisieron precipitarse para impedir este acto destructor, que sólo podía ser inspirado por el infierno.

Una fuerza invencible les tenía como clavados en el suelo y enmudecía sus lenguas. Ni podían dar un paso, ni pronunciar palabra... estaban condenados á presenciar allí, de pie, impasibles, la irreparable pérdida de aquel magnífico lienzo de un precio sin igual, y que no podría rehacer nunca artista alguno.

¿Eran acaso juguete de un sueño? Estremeciáanse, y sus corazones latían hasta destrozar sus pechos... hallábanse fijos sus ojos en aquel espectáculo y brillaban en ellos dolorosas lágrimas...

Sin dejar de sonreírse constantemente, Zanobi, recitando con voz tierna el *Magnificat*, paseaba lentamente su pincel cargado de color blanco sobre el lienzo; la capa iba volviéndose cada vez más opaca; primero desaparecieron la túnica y el manto, y después la diadema y el velo.

Al parecer quería conservar la azucena, y como si combatiere á un poder misterioso para conseguir que este fragmento no fuese herido por el pincel; pero obedeciendo su mano á un impulso súbito borró el débil tallo, las esmaltadas hojas, los botones parecidos á perlas orientales con su capa de verde claro, los nacarados pétalos y sus estambres de oro.

Ya no quedaba entonces otra cosa en el lienzo que la admirable imagen. Zanobi, procedió entonces más lentamente: poco á poco extendió el blanco velo sobre las divinas facciones de la Virgen, y en breve el inmenso lienzo apareció semejante á una plancha de plata deslustrada.

Entonces cogió Zanobi otro pincel, y en menos de una hora trazó sobre la superficie blanca del lienzo, con color azul celeste, el monograma de María.



Así que hubo terminado, escapósele la paleta de sus manos, lanzó un lamentable grito y cayó dando con la frente en tierra.

Los frailes sintieron libres de aquel extraño estupor que se había apoderado de ellos y paralizado sus cuerpos. Apresuráronse á rodear al desmayado pintor, no sin exhalar gemidos de desesperación.

Una hora después presentóse Zanobi en la celda del P. Prior, quien al verle exclamó levantando los brazos al cielo:

—¡Desdichado loco! ¿Qué has hecho?...

Zanobi conservaba una sorprendente calma. Al parecer no tenía la menor conciencia del crimen que había cometido. Por último dobló la rodilla ante el anciano:

—Padre mío—le dijo—escuchadme.

—¡Oh prodigio de ingratitud!—dijo en voz baja el Prior con amargura—no te bastaban nuestras alabanzas, y celoso de tu obra la has destruido á fin de que, no pudiendo ya ser tuya, no fuese de nadie.

—¿Sería yo tan desgraciado que diéséis crédito á lo que decís?—repuso con viveza Zanobi, pálido de indignación—¿me suponéis capaz de un cálculo tan infame?

—¿Cómo, pues, explicarás el frenesí que se ha apoderado de tí? ¿Esa Virgen era propiedad de esta abadía, y no tuya!

—¿Y cómo explicaréis vos que los treinta frailes que me rodeaban no se hayan arrojado sobre mí para arrancarme la paleta de las manos y romper mis pinceles. ¡Vosotros eráis treinta, y yo uno solo! Ni uno de vosotros dió un paso ni pronunció palabra.

—¡Ah!—murmuró el Prior suspirando.

—Sabedlo, pues,—prosiguió Zanobi con una sinceridad tan completa que era imposible desconocerla—hace un año que, loco de orgullo, trabajaba yo en pintar esta imagen, y decía para mí que por hermosa que fuese la Santísima Virgen en el cielo, la haría yo todavía más hermosa en la tierra... terminada mi obra tuve la tentación de adorarla, reté á los ángeles á que me aventajasen en genio... y me había jurado á mí mismo no volver á coger los pinceles, porque no bastaría la vida entera para descansar después de haber creado semejante obra maestra.

—¡Satanico orgullo!—exclamó el Prior.

—¡Sí, el orgullo de Lucifer, príncipe de las luces, que quería dejar á Dios en las tinieblas...! ¡Pues bien! Padre mío, después de hablar el hermano Agnolo, de haberme estrechado todos vosotros sobre vuestro seno, parecíame que todo desaparecía en torno mío. Y súbitamente formóse ante mis ojos como una haz de deslumbradora claridad, más viva é intensa que la del sol... yo podía no obstante fijar en ella la vista, y distinguí un rostro celestial con las manos tendidas para bendecir... me sentí penetrado de temor y admiración... ¿Podría yo deciros el fulgurante esplendor de esta visión? María se dignaba aparecer en este sitio. ¡Oh cuán sombría, cuán triste, pálida, sin brillo y sin grandeza era la imagen pintada por mí, junto á este incomparable modelo que había tenido yo la presunción de imitar! No hay palabras en lengua alguna que puedan expresar las impresiones que sentí... comprendí aquella milagrosa lección que la Reina de los cielos en su misericordia daba á su orgulloso hijo... obedeciendo á una secreta intuición borré mi obra tan imperfecta y miserable junto á la realidad sobrenatural... y para que la memoria de este prodigio se perpetuase, tracé en mi lienzo el nombre de María...

El Prior había escuchado con atención este tierno relato.

—¿Desvaneciósse la visión—preguntó—cuando fué terminada tu tarea?

—En el momento mismo en que aplicaba yo al lienzo el último átomo de albayalde.

El Prior estuvo reflexionando largo rato.

—Pues bien—dijo después—este milagroso cuadro será colocado en nuestro altar, y esta tarde anunciaré á mis hermanos la gracia insigne que ha obrado la Santísima Virgen en la abadía de San Vito. Por lo que á tí respecta, Zanobi, has cumplido tu promesa y puedes partir cuando gustes... pero yo celebraría mucho que permanecieses algunos días más con nosotros.

—¿Partir?—exclamó Zanobi incorporándose con orgullo—arrojadme de aquí, padre mío, si me consideráis indigno de este lugar. ¡Yo andaré vagando día y noche por los alrededores de este convento, me alimentaré de hierbas y dormiré sobre los peñascos!... Pero si atendéis mis más queridos votos, mi vida entera se deslizará en esta santa mansión!... Ella es mi patria, y la existencia sería insoportable en otra parte que á la sombra de estos muros... Padre mío, yo tengo un gran pecado de orgullo que expiar y una eterna acción de gracias que cantar. Dadme el hábito de vuestros hermanos... seré su criado... haré penitencia... oraré...

—Dios concede la vocación á aquellos á quienes

quiere hacer sus ministros—dijo severamente el P. Prior.—¡Tened mucho cuidado con no cometer un nuevo pecado de orgullo, de ese orgullo de que ya os habéis acusado!

—Padre mío, ¿después de haber visto á María, puedo ya ver otra cosa? El favor que he recibido, ¿no es una señal, una prenda de mi vocación? Yo os lo suplico, no me rechazéis... viva yo y muera allí donde el cielo se ha entreabierto á mis ojos.

Arrodillóse el P. Prior y permaneció así largo tiempo orando. Cuando se levantó dijo á Zanobi:

—¡Quedaos, hermano!

El primer domingo de Mayo del año 1820 dióse sepultura en el cementerio de un pequeño convento de las inmediaciones de Nápoles, donde los frailes franciscanos de San Vito, dispersos durante la revolución, habían encontrado un refugio, á un fraile centenario llamado el P. Mariano.

Sobre la cruz de madera puesta sobre su sepultura, no se puso otra inscripción que el monograma de María.

C. B.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

El entrada de este nuevo personaje excitó entre los invitados de Glonki impresiones muy diversas. En los hombres, fué sobre todo sorpresa; en las señoras, una viva curiosidad y un poco de admiración; pero lo que predominó sobre todo fué un sentimiento de terror general.

—¡La bandera polaca! ¡la guadaña! ¡qué imprudencia!—exclamaron algunos convidados.

—¡Esto basta para provocar una sumaria!—murmuraron algunos tímidos.

—¡Supongo que no hay rusos entre vosotros!—exclamó el joven abanderado con voz armoniosa y grave, echando por debajo de su careta miradas de desafío á la asamblea.

—No seguramente—respondieron muchos de los jóvenes bailarines—á menos que...

—No hay ninguno, no temáis nada—dijo entonces la señorita de Nebutoff, que había dado un paso en el círculo para acercarse al desconocido, y que roja y trémula de vergüenza y de cólera, imponía silencio á todos con un ademán de reina.

Se calló un momento, después continuó hablando con esfuerzo:

—Mi padre no está aquí, y si algún delator de mala fe, extranjero en esta reunión, le diera cuenta de esta inocente demostración, puedo aseguráros que no la castigaría, calificándola como una de tantas libertades del Carnaval.

—En todo caso—prosiguió el desconocido—como mi proyecto de demostración lo he ocultado hasta á mis propios amigos, no habrá más que un solo culpable, y este culpable no tiene la costumbre de esconderse. Soy forastero en esta ciudad, vengo de Varsovia, y me llamo Witold Jurno—añadió quitándose con un movimiento de audacia y desafío su frágil antifaz, que arrojó al suelo á los pies de Alejandra.

Involuntariamente los ojos de la joven se fijaron, con todas las miradas de los asistentes, sobre el atrevido joven que desafiaba de ese modo el poder ruso y la delación, que también es un poder. El forastero era al mismo tiempo imponente y hermoso, con esos grandes ojos negros llenos de cólera y de provocación, con ese perfil correcto expresando ironía y fuerza, con esa frente morena y arrogante formada para ostentar la majestad del mando.

En este instante, la seguridad desdeñosa de la Srta. de Nebutoff pareció que la abandonaba, y dijo con una voz casi con novida volviéndose hacia el padre de Alina:

—Señor de Sawinski, asegural al Sr. Witold Jurno, si tenéis el honor de conocerle (estas últimas palabras las dijo en tono irónico), que todos vuestros convidados son excelentes polacos, y que entre todos ellos sólo yo soy extranjera, y que no lo delataré—añadió bajando la voz con expresión dolorosa.

—Señor de Sawinski—dijo Jurno acercándose á él—los privilegios del kulig me han autorizado á descuidar desde el principio una ceremonia indispensable: la de la presentación. Pero no existiendo ya estos privilegios, porque me he quitado el antifaz, permitidme que me presente yo mismo á mi digno huésped de esta noche, recomendándome con el nombre del Sr. Wojtowicz, vuestro amigo, que me conoce desde mi infancia.

— Lo sé, señor — respondió el padre de Alina — y añado que mi amigo me ha hablado del Sr. Witold Jurno de modo que en todos tiempos y en todas circunstancias (el anciano acentuó estas palabras) pueda ser el bienvenido á mi casa.

— Y bien, señor; ya que este punto está arreglado á nuestra satisfacción mutua—respondió Witold con alegría—tengo el gusto de presentarme á la señorita, pidiéndole perdón por mí de la pena que le haya causado mi grosería.

En seguida el Sr. de Sawinski, tomando el brazo de Witold, lo llevó hacia la joven, que éste saludó cortésmente:

— El Sr. Witold Jurno, de Varsovia; la Srta. de Nebutoff, hija del comandante de la fortaleza de X...

— Señorita—dijo entonces el joven—me he portado ahora mismo como kosynier¹, guadañero mal criado, teniendo el defecto de tomar una sala de baile por un campo de batalla. Supongo que suelo encerado debía ser sin embargo un terreno neutro. ¿No sois de mi parecer?

— Mas que de vuestro parecer—respondió ella.—Creo que esos terrenos, esos odios, esas desconfianzas, deberían al fin cesar, y que ya sería tiempo de hacer entre naciones igualmente valientes, igualmente arrogantes, igualmente dignas, una paz ó al menos una tregua eterna.

— No digo eterna—replicó Witold sonriéndose—pero á lo menos tan cordial como fuera posible. Ahora estamos en paz; vosotros bailáis en nuestros bailes; nosotros bebemos en vuestras fiestas; cuando suene la hora de despertarse, á fe mía ¡veremos!... Vivamos hoy, porque mañana moriremos!

Y viendo que los que lo rodeaban parecían atónitos de estas extrañas palabras, Witold replicó con alegría indiferente:

— No os admiréis si no me encontráis amable, señorita. Para decir la verdad, soy un novio muy triste; preguntádselo más bien á la señorita María—dijo indicando políticamente á la pobre novia, que viéndose abandonada desde el principio de esta escena, se había refugiado al lado de su hermano el campanero.—Mi única novia es ésta—dijo él levantando en alto su brillante hoz, cuya bandera roja flotaba por cima de la cabeza de la asamblea.—Pero aun no somos más que prometidos. ¿Cuándo nos casaremos!... A fe mía no lo sé. Puede que dentro de algunos años, cuando mis brazos estén aún robustos; tal vez de aquí á veinte ó treinta años, cuando haya encanecido. Puede que viva y muera soltera, y que la lleve virgen en el féretro á mi pobre guadaña querida!... Por eso, señorita, me perdonaréis si no os invito á bailar la mazurka, porque bailo muy mal para tener la pretensión de hacer bailar unidas á la Polonia y á la Rusia.

Y Witold, inclinándose ante la confusa joven, se mezcló entre la gente que lo rodeaba con curiosidad.

A algunos pasos de allí el señor de Sawinski lo agarró por el brazo para presentárselo á Alina:

— Hé aquí—dijo el anciano—á mi sobrino Tadeo Oskierko, que desea con vehemencia conoceros.

Witold saludó cortésmente al joven, y casi en seguida se volvió hacia Tadeo.

— Estanislao Vojtowicz me ha hablado mucho de usted, caballero—dijo—como uno de los jóvenes más distinguidos del país, y me halaga haberos encontrado en las pocas horas que pasaré aquí.

— ¿Sólo algunas horas?—preguntó Tadeo con insistencia.

— Sí, por esta vez. En una visita próxima gozaré por más tiempo de vuestra buena hospitalidad.

En este momento la orquesta hizo oír los primeros acordes de una mazurka.

— ¿Bailáis?—preguntó Witold.

— Ahora no. ¿Y vos?

— Yo tampoco: me reservo. Hablemos; éste es un rincón para esconder en él mi hoz y nuestros ensueños.

Y los dos jóvenes se refugiaron en el hueco de la ventana en donde hacía media hora había escuchado Alina con tanto placer las confianzas de su primo. Mientras tanto se formaban los grupos, se organizaba el baile, y las parejas empezaban á deslizarse sobre el encerado. Alina y Sacha, entre el grupo de las que bailaban, pasaban y volvían á pasar, mirando de lejos á los dos jóvenes con una expresión de interés, mezclada con una sombra de censura. Witold y Tadeo, engolfados en una conversación seguida en voz baja, parecían enteramente sumergidos en un asunto serio. De todo lo que decían los que estaban más cerca, no podía coger más que sílabas confusas, palabras sin ningún sentido; y como parecía que querían aislarse de las gentes, la gente dejó muy pronto de ocuparse de ellos. Además, la mazurka

era atractiva, ejecutada perfectamente, y todos los que tomaban parte en ella estaban muy complacidos. De pronto, en uno de los intermedios de las figuras, Alina salió de la sala porque el ama de llaves, desde la puerta, le había hecho una seña.

Volvió muy pronto, y dijo á su padre algunas palabras al oído. Este levantó la mano y la orquesta se calló:

— Mis buenos vecinos, amigos míos—dijo—una banda de gitanos que se encuentra en el pueblo más cercano, atraída por el ruido de nuestra fiesta ha venido hasta aquí.

Algunos están en el vestíbulo, y una de sus matronas, afamada por su saber, propone á la asamblea venir á decirles la buena ventura. En cuanto á mí, no apruebo nada esas tontas y peligrosas mojigangas, y de buena gana les prohibiría el acceso en mi casa. Pero sin embargo, si lo deseáis, permitiré que se introduzca á esa buena mujer en consideración á vosotros, mis huéspedes, y por los alegres privilegios del carnaval.

— ¡Bravo! ¡bravo! ¡La gitana!—gritaron todos.

— Pongámonos antes el antifaz para que no profetice con conocimiento de causa—hicieron esta observación muchos convidados.

Se pidieron todos los antifaces que había traído la boda de Cracovia; pero faltaron para algunas personas, entre otras Alina, que se tuvo que quedar sin él, como también Witold y Tadeo, que seguían hablando en el hueco de la ventana. Terminados estos preparativos, el señor de Sawinski hizo una señal, y á los sonidos de una pandereta y de una guitarra cascada hizo la gitana su entrada en el salón.

Era una mujer como de cuarenta años, con facciones correatas pero duras, con la tez muy curtida y surcada de algunas arrugas, los cabellos negros y adornados con sequines de oro; su traje blanco con flores de colores, estrecho y algo ajado, estaba sujeto con un cinturón rojo, en el cual unos hilos negros trazaban signos cabalísticos; su manto de rayas púrpuras y verdes arrastraba por un lado hasta el suelo, mientras que el otro abrigaba como un velo su cabeza morena y las trenzas de sus cabellos.

(Continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Ferrocarriles españoles.—En 1.º de Enero de 1883 había en explotación en España 7.908 kilómetros de vía férrea, y durante dicho año se abrieron al público las siguientes líneas: Calafell á Valls, y en la línea directa de Madrid á Barcelona, de 40 kilómetros de longitud; Oviedo á Trubia, de 13 kilómetros; Aranjuez á Cuenca, 153 kilómetros; Valencia á Buñol, en la línea de Valencia á Cuenca, de 42 kilómetros; secciones complementarias de la línea de Palencia al Noroeste, de 228 kilómetros; Medina á Santa María de Nieva, en la línea de Medina del Campo á Segovia, de 60 kilómetros; Sagrera á San Juan de Ibot, de 63 kilómetros. En resumen, á fin de 1883 había en explotación 8.446 kilómetros de ferrocarril.

Tratamiento al interior para curar las verrugas.—El Dr. Guénot refiere (*Bulletin générale de Thérapeutique*) que con dosis de 65 centigramos de magnesio calcinado en polvo, tomadas por la mañana en ayunas, logró curar un gran número de verrugas que le salieron en las manos á un individuo.

Barómetro natural.—La Comisión belga que fué á Chile á estudiar el último paso de Venus por el disco del sol, pudo observar que los indígenas de la Auracania tenían en sus chozas unas conchas del tamaño de un cangrejo de mar, que les servían perfectamente de barómetros: al efecto, cuando el tiempo era seco, su color se manifestaba blanco, y á medida que iba humedeciéndose la atmósfera dicho color se volvía rosa, subiendo de punto hasta el rojo vivo al sobrevenir las lluvias.

Donde más se encuentran de estos barómetros naturales es en la costa de la isla de Chiloe.

Cualidades de las hortalizas.—Las hortalizas que proceden de raíces, como los nabos, zanahorias, remolacha, etc., se vuelven mucilaginosas por la cocción, y contienen goma, pectina y azúcar en grandes cantidades, estando asociado á materias colorantes y aromáticas; son pobres en principios nitrogenados y muy aguanosas, razones por las cuales no se comen crudas.

Los ajos, cebollas y otros bulbos contienen, además de azúcar y goma, una sustancia nitrogenada análoga al glúten de los cereales, y un aceite volátil en el cual se encuentra azufre y nitrógeno, al que se debe principalmente su sabor acre y las propie-

dades estimulantes de que gozan aquellos productos.

Las ensaladas de tallos y hojas contienen 90 por 100 de agua, y constituyen, por tanto, un alimento muy pobre. Se distinguen por caracteres particulares: la lechuga, achicoria, etc., sobresalen por un principio amargo existente en sus hojas; los tallos del apio y las hojas de berro contienen un principio acre y un aceite sulfuroso volátil; las de perejil y perifollo encierran principios aromáticos no sulfurosos; las de acedera, sales ácidas de potasa; las de espinaca, acelga, etc., un mucílago viscoso, y estas últimas principios alcalinos.

Jarabe de brea.

Brea vegetal purificada	10 gramos.
Aserrín de madera de abeto	30 —
Agua destilada	1.000 —
Azúcar blanco	c. s.

Divídase la brea mezclándola con el aserrín de madera; viértase sobre la mezcla el agua á la temperatura de 60º, agitando de vez en cuando. A las dos horas de contacto fíltrese el digesto sobre el azúcar y hágase al baño de maría, en vasija tapada, un jarabe en la proporción de 100 gramos de líquido por 180 gramos de azúcar.

Ungüento de árnica.—Mr. Stearns, de la ciudad de Detroit, Estado de Michigan, dice que mezclando una parte del extracto fluido de flores de árnica con quince partes de una mixtura compuesta de aceite de gasolina, manteca, parafina y cera blanca, se obtiene un ungüento que tiene el mismo olor que las flores de árnica. La mezcla se debe hacer en frío y con rodillos de acero.

El cacao.—Este árbol es de hermosa apariencia, y se asemeja algo por sus dimensiones y porte al cerezo, adquiriendo una altura de 15 á 45 pies. La madera es porosa y ligera, susceptible de buen pulimento; la corteza del tronco es de color de canela, oscureciéndose á medida que el árbol ennegrece; su follaje es frondoso, y la intensidad del color verde varía según la naturaleza del terreno en que se cría la planta. La flor es abundante, pequeña y apiñada, sin olor y de color de azafrán; el fruto es de forma elíptica, aguzada por los extremos, variando su dimensión de 7 á 10 pulgadas el largo, por 3 á 4 y media de ancho; la superficie es rugosa y áspera, surcada longitudinalmente, de color verde, que al madurar el fruto pasa á azulado, y finalmente, es púrpura. La cubierta del fruto tiene media pulgada de grueso y es bastante resistente; las semillas que contiene, parecidas á la almendra, constituyen el producto industrial llamado cacao, que sirve para la elaboración del chocolate.

Abono de lana.—Mr. Hebdabault ha descubierto un procedimiento para retirar en estado de disolución la lana de los tejidos en que se encuentra mezclada con algodón ú otras fibras vegetales. Sometidos estos tejidos á la acción de una corriente de vapor, bajo una presión de cinco atmósferas, la lana se funde depositándose en el fondo del vaso, mientras que el limo y demás fibras vegetales permanecen inalterables y quedan propias para la fabricación de papel.

La pasta depositada en el fondo del vaso ó recipiente, y que contiene la lana, se evapora hasta sequedad, y contiene gran cantidad de nitrógeno, sirviendo de excelente abono para las tierras, empleándose en igual forma que se hace con la sangre desecada. Además, el trapo así depurado de lana aumenta su valor industrial para la fabricación de papel, de manera que por tal operación se obtienen dos beneficios.



Doña Isabel María Benavides y Navarrete, hermana de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Zaragoza, ha fallecido. Aunque por su vida ejemplar, por su piedad ferviente y por sus muchas virtudes estará ya gozando el merecido premio, rogamos á nuestros amigos que encomienden su alma al Señor, y pidan para su venerable hermano la resignación que nosotros con todo el corazón le deseamos.

¹ Kosynier, guadañero; de *kosa*, guadaña.